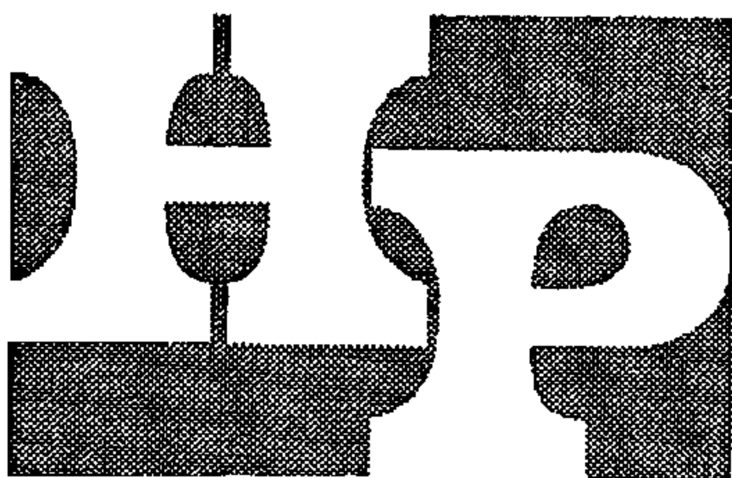


Silver Kane

LLEGO PARA MATAR





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LLEGO PARA MATAR

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 203
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 35993-1973

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edición: noviembre, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando dos hombres han estado juntos en la misma celda durante un año, no es extraño que sean buenos amigos o mortales enemigos.

En este caso los dos que permanecían encerrados en el mismo calabozo eran excelentes amigos, a pesar de resultar radicalmente distintos.

Ambos se llamaban Joe de nombre y tenían la misma edad, pero aquí terminaba su parecido.

Joe Challenger era alto, fuerte y con unos ojos fríos y a la vez brillantes como los de un tigre a punto de saltar. Tenía los cabellos rubios y la tez morena, a pesar de llevar un año de cárcel.

Estaba allí por haber matado a cinco hombres en una sola noche, en cinco desafíos consecutivos.

Joe Milton era alto y ancho de hombros, pero sus músculos estaban lacios y tenían aspecto de no haber trabajado nunca. Sus ojos color castaño ofrecían casi siempre un aspecto bondadoso y distraído. Era capaz de pasarse horas y horas quieto, con los ojos perdidos en un punto indefinible de la pieza, mientras su compañero paseaba como un león enjaulado o hacía gimnasia para que sus músculos no se entumecieran.

Joe Milton estaba allí por un error judicial, acusado de ladrón cuando en realidad era incapaz de robar un puñado de tierra.

Manejaba mal el revólver, y seguramente no hubiese salido vivo después de un desafío.

Pese a ser tan diferentes ambos hombres, los dos eran excelentes compañeros.

La paciencia y la mansedumbre de Joe Milton eran beneficiosas para Joe Challenger. Y la rebeldía de éste prestaba a veces ánimos a Milton. Además, nunca tuvo uno algo que no fuese también del

otro.

—No comprendo cómo pudiste desafiarte tantas veces en una misma hora —decía a veces Milton—. Ni comprendo por qué te encerraron si los duelos fueron legales.

—Los duelos hubieran sido legales en cualquier otra parte, pero allí no lo eran. Me desafié en San Luis, a orillas del Mississippi, y en esa ciudad estaba prohibido el uso del revólver.

—No lo comprendo. Es una ciudad muy turbulenta.

—Precisamente por eso se decidió que nadie hiciera uso de las armas. Como actué en defensa propia, sólo fui condenado a cuatro años de cárcel. De lo contrario, me hubiesen ahorcado.

—Yo tuve menos suerte. Cuatro años por ladrón…, ¡cuando jamás he robado nada! ¡Me harté de gritar que era inocente y no me hicieron caso!

—Más vale que no pienses en eso. Tampoco vas a remediar nada poniéndote a recordarlo.

—No es por la condena, te lo juro. —Sus ojos casi lloraban cuando Joe Milton decía eso—. Al fin y al cabo hay cosas peores que estar encerrado en un penal, se diga lo que se diga. Pero se me hace insoportable pensar que estaré aún tanto tiempo sin ver a mi mujer. Tú no puedes comprender eso porque jamás has amado a nadie…

—No tanto, hombre, no tanto.

—¿Has estado casado? ¿Al menos has tenido novia alguna vez?

—No.

—Entonces, ¿qué puedes comprender?

Al llegar a ese punto, Joe Challenger se acariciaba casi siempre la poderosa mandíbula cuadrada.

—Es que yo no me imagino a un hombre casado, ¿sabes? Eso de estar sujeto toda la vida a una misma mujer me parece una cosa muy rara.

—Claro. Desde que naciste has sido libre como los pájaros. Según me contaste, ni siquiera llegaste a conocer a tus padres. En Dakota del Norte te encontraron medio muerto de frío unos indios que iban a comerciar con el Canadá. Y desde entonces no has tenido más ley que tu capricho ni más oficio que tu revólver.

—Es cierto. Aunque tus palabras parezcan un reproche, no dices más que la verdad.

—Yo, en cambio, era un hombre organizado, serio, reflexivo… Un perfecto contable que hubiera llegado tal vez a director de una sucursal en un Banco. Pero ya ves, me acusaron de robo y… Bueno, hacía sólo un año que estaba casado y mi mujer era joven y bonita. Sigue siéndolo, naturalmente, pero ya casi no me atrevo a imaginarla. Tú nunca te harás cargo de lo terrible que es esto.

—¿Y cómo se te ocurrió casarte, estando de por medio esta condenada guerra?

Porque es preciso destacar que mientras Joe Challenger y Joe Milton se consumían en un penal de Saint Paul (Minnesota), casi todo el país ardía de un lado a otro a causa de la guerra que había enfrentado a los Estados del Norte con los Estados del Sur.

Joe Challenger gruñó:

—Esta maldita guerra, que parece como si no fuera a terminarse nunca…

—¿Es que a ti no te gusta la guerra?

—No lo sé. Jamás he estado en ninguna. Pero tengo la sensación de que en cuanto la lucha termine habrá una amnistía y nos soltarán a todos; por eso digo: ¡maldita guerra!

—A mí precisamente fue la guerra lo que me hizo darme prisa en casarme —dijo Joe Milton—. Pensé que si me llamaban a filas y me mataban habría gozado al menos algún tiempo de felicidad. Porque yo estaba muy enamorado de Lorena, ¿sabes? No puedes imaginarte lo enamorado que estaba.

—¿Y no lo estás ahora?

—Es que no quiero ni pensarlo para no sufrir más.

—Mal asunto el de tu encierro, chico. Pues tú lo pasas peor que yo.

—No puedes imaginártelo.

—De todos modos, cuando la guerra termine, es fácil que hagan una suelta general. Yo tengo esa confianza.

—La guerra no va a durar mucho, y ojalá sea verdad lo que tú dices. Los del Norte están venciendo. Ya hace tiempo que se entabló una impresionante batalla en Gettysburg, y todo el poderío militar del Sur fue ahogado allí. Tengo la convicción de que Lee y sus generales pronto se verán obligados a pedir la paz.

—¡Pues anímate, diablos! ¡Pronto verás a tu mujer!

—Pareces muy convencido.

—¡Claro que sí, hombre! Si no te animas tú, ¿quién demonios va a animarte? ¿Los carceleros, tal vez?

—Al menos, tu optimismo es contagioso, Challenger.

—¿Dónde vive ahora tu esposa?

—En Louisville, Estado de Kentucky.

—¡Vaya! Muy lejos de aquí…

—No me lo recuerdes.

—De todos modos, pronto estarás con ella. Lo importante es que te concedan el perdón o la libertad bajo palabra. Después…, tres días de tren, ¡y ya tendremos un nuevo Joe Milton!

Estas conversaciones las habían tenido muchas veces, haciéndose más y más frecuentes conforme la guerra se aproximaba a su fin. Joe Milton hablaba durante horas enteras a veces de la esposa lejana, y Joe Challenger, el hombre que no se había enamorado jamás, le animaba asegurándole que pronto volvería a verla.

Ninguno de los dos podía imaginar la extraña jugada que les deparaba el destino.

Y esa jugada comenzó el día en que Joe Milton sufrió un ataque al corazón, estando a punto de sufrir un síncope fatal que lo hubiera matado en unos pocos segundos.

Challenger, que estaba con él en la celda cuando todo empezó, llamó al carcelero frenéticamente:

—¡Mike, venga aquí, rápido! ¡Milton se está muriendo!

Mike, el más receloso de los carceleros, se acercó a la puerta con el revólver en la mano.

—¡Te advierto, Joe, que si es una trampa te vuelo la tapa de los sesos!

—¿Una trampa? ¡Santo Dios! ¡Vea a través de la mirilla! ¿Cree que ese hombre está fingiendo?

La expresión de angustia mortal que reflejaba el rostro de Joe Milton no podía ser fingida de ningún modo. Bastaba mirarlo para darse cuenta de que aquel hombre estaba a punto de morir. Por eso el carcelero Mike no tuvo inconveniente en abrir la celda, guardando su revólver.

Joe Challenger comprendió que tenía una magnífica ocasión para huir, porque precisamente era la hora en que llegaban los aprovisionamientos al penal, y gran parte de los guardianes se

hallaban ocupados en la descarga, descuidando las puertas, muchas de las cuales no se habían cerrado.

Sin embargo, no aprovechó aquella oportunidad única.

Su compañero estaba muriendo y él no podía dejarlo así. En sus propios brazos lo llevó a la enfermería, para lo cual tuvo que atravesar toda una zona de patio completamente desguarnecida, sin más escolta que Mike, al que hubiera podido desarmar de un puntapié en menos de tres segundos.

Fue al quedar depositado Joe Milton en manos del médico cuando el guardián Mike se dio cuenta del peligro que acababa de correr.

—Caramba, Challenger —dijo, pasándose una mano por la frente—. ¿Sabes que podías haberte fugado?

—Nunca volveré a tener una oportunidad como ésta —reconoció Challenger—, pero nunca estaré tan obligado a no aprovecharla. No podía dejar a mi compañero así. Si yo hubiese intentado huir, usted no habría podido ocuparse de traerlo a la enfermería. Y necesita que le atiendan inmediatamente. ¡Inmediatamente!

El médico del penal lo estaba haciendo ya.

—Está grave —dijo pensativamente—, muy grave. ¿No es usted el compañero de celda de este hombre? ¿No había notado nada raro en él?

—Nada, excepto que adelgazaba y estaba muy nervioso —dijo Challenger—; sufría pensando que no iba a ver más a su mujer. Extraños presentimientos le dominaban.

—Pues esos presentimientos van a acabar con él —dijo el médico—. Los nervios le han jugado una mala pasada y sufre lo que llamamos una trombosis coronaria. No sé si podrá salvarse.

—¿Me permite que me quede junto a él, doctor…? —preguntó ansiosamente Challenger—. Yo soy su único amigo, el único que puede prestarle algún consuelo. Sé que nada le ocurrirá si está conmigo. Se lo suplico, doctor…

El médico consultó con los ojos a Mike, el guardián. Éste movió la cabeza negativamente.

—Lo siento, pero no es posible. Challenger es un peligroso pistolero. Está aquí por matar a cinco hombres, y todos sabemos que es perfectamente capaz de matar a otros cinco. La enfermería no resulta lugar seguro para un individuo como él.

—Ya lo ha oído —dijo el médico—. Tiene que volver a su celda.

Joe Challenger estuvo a punto de saltar sobre los dos hombres, dejándose llevar por su sangre impetuosa, e incluso movió los puños. Pero en el último instante se contuvo, pensando que eso no haría sino empeorar la situación de su amigo.

Volvió a la celda.

Entonces aún no sabía que acababa de dar el primer paso en la extraña senda de su destino.

El segundo lo dio cuando a la mañana siguiente le concedieron permiso para visitar a su amigo unos minutos en la enfermería del penal.

El propio director estaba allí, a la cabecera del enfermo.

—Hola, Challenger.

—Buenos días. Le confieso que me sorprende que usted se haya molestado en venir aquí.

—Su compañero Joe Milton es un enfermo, y yo los visito con frecuencia.

—Gracias en su nombre.

—Además hay otra cosa —dijo el director pensativamente.

—¿Sí?

—A su amigo Joe Milton le han concedido la libertad.

Joe Challenger sintió que la boca se le abría. Tuvo, además, la extraña sensación de que se le había paralizado la garganta.

Le costaba respirar.

No era envidia, a pesar de que él amaba la libertad desesperadamente. Era alegría, una alegría frenética por su compañero, que por fin podría ver de nuevo a la mujer a la que más amaba en el mundo.

—¿La libertad? —Logró balbucir—. ¿Sabe que estoy tan contento como si me la hubieran concedido a mí mismo?

—La orden ha venido de uno de los departamentos de la Secretaría de Justicia —dijo el director—. Confieso que me ha sorprendido mucho, puesto que no esperaba ninguna orden de libertad ahora. Pero le aseguro que me alegraría mucho poder cumplir esa orden.

Challenger tragó saliva lentamente.

—¿Es que… no puede cumplirla?

—Mire a su amigo.

Joe Challenger se fijó entonces en Milton. No había reparado hasta ese momento en él, impresionado por la presencia del director. Pero ahora pudo darse cuenta de que Joe Milton daba la sensación de una muerte inminente y respiraba con dificultad.

—Está grave —dijo el médico, que preparaba una medicina al otro lado de la habitación—. Temo que pueda morir en cualquier momento, y en estas condiciones resulta absurdo pensar en que pueda salir de aquí. Ni siquiera en una camilla me atrevería a transportarlo.

—Si su familia estuviese muy cerca… —sugirió el director.

—No tiene más familia que su esposa, y ella reside en Louisville —dijo pensativamente Challenger.

—Entonces inútil soñar en sacarlo de aquí —determinó el director—. Además, Joe Milton, antes de perder el sentido, me ha pedido una cosa muy rara.

—¿Qué cosa?

—Ha pedido que le deje aprovechar a usted esa orden de libertad.

El médico gruñó:

—¡No sé ni por qué le ha escuchado! ¡Valiente petición absurda!

—Para mí, toda petición de un hombre que va a morir es sagrada —musitó el director—. Pero yo no hubiera hecho caso si no hubiese de por medio una circunstancia que lo complica todo. La orden dice que se conceda la libertad al recluso Joe Challenger, casado, de profesión contable. Está claro que usted. Challenger, no es casado ni ha sabido contar jamás otra cosa que los hombres a quienes mataba. La orden se refiere a él, a Joe Milton, que además fue condenado según parece por un error judicial. Lo que sucede es que la persona que debió extender la orden sufrió un error al consultar la lista de los penados de Saint Paul, y puso un apellido en lugar de otro. Yo no he dudado un momento y por eso he dicho a Milton que la libertad le había sido concedida a él.

—Pero ¿para qué si va a morir? —Gruñó el médico.

El director no hizo caso.

—Tiene usted derecho a pedir que se subsane el error —dijo, mirando a Challenger—. Si me pide que devolvamos la orden a Washington solicitando que se aclaren las cosas, yo no podré negarme. Existe una posibilidad, aunque remota, de que el libertado

sea usted.

Challenger se mordió el labio inferior.

Durante un momento, un breve momento tan sólo, pasó por su mente la imagen de la libertad. Para él la libertad consistía ante todo en el contacto de un revólver sobre su cadera, en un buen caballo de violenta sangre, en una botella de *whisky* y en los labios de una mujer. En su vida jamás había existido otra cosa, y era eso todo lo que podía desear. Pero la tentación fue tan fuerte que sintió incluso cómo se le secaba la garganta.

No obstante, negó con la cabeza lentamente.

—La libertad tiene que ser para mi amigo —dijo—. La orden tiene que referirse por fuerza a él, pero además todos sabemos que es el único que merece seguir viviendo fuera de las rejas. El tiene una esposa a la que ama. Yo, en cambio, si llegara a salir de aquí, sólo tendría por compañeros una botella y un revólver.

—Pero se da la circunstancia de que Milton no puede por ahora despegarse de esa cama, y además ha pedido como un favor especial que se le conceda la libertad a usted, Challenger. Dice que vaya a Louisville, que vea a su esposa y que le diga que no la ha olvidado ni un solo momento y espera verla pronto. Eso es lo que Joe Milton ha pedido con todas sus fuerzas. ¿Qué dice usted, Challenger? ¿Dejamos perder esta bonita orden de libertad o nos limitamos a cumplirla al pie de la letra y le abrimos a usted la puerta?

Joe Challenger sentía como si todo vacilase a su alrededor.

Algo así como una nube de plata flotaba delante de sus ojos.

El deseo era tan fuerte que le hacía daño en el pecho y le impedía ver. Jamás había sentido una cosa así. Jamás había pensado que la libertad, al tenerla cerca otra vez, pudiera ser tan hermosa.

Pero volvió a denegar con la cabeza, cerrando los ojos para no ver el cuerpo agonizante de su amigo.

—Si aceptara eso —susurró—, me parecería que estoy robando a un muerto.

—Como quiera —decidió el director—. Entonces me limitaré a guardar la orden para cumplirla cuando Milton recobre la salud…, si la recobra algún día. Retírese a su celda, Challenger.

El antiguo

gun-man iba a obedecer cuando en ese momento se oyó la voz vacilante y temblorosa de Milton:

—No seas loco, muchacho… Lo digo todo aunque apenas me es posible hablar… Yo tardaré mucho en poder salir de aquí, o tal vez no saldré nunca… Pienso que Lorena, mi mujer, debe sufrir mucho… Me harías el favor más importante de tu vida si…, si fueses y le hablaras de mí, de lo que la recuerdo, de… todas esas cosas que no pueden decirse en las cartas. Ella es una mujer sola y no tiene protección… ¡Si imaginaras cómo sufro pensando que pueden perseguirla otros hombres, que pueden incluso atacarla! Sabiendo que tú la defiendes ya no temería nada, Challenger… Por favor, acepta… No me tengas en esta horrible situación… Acep… ta…

Sus últimas palabras fueron casi un sollozo. Sus manos temblaron sobre las ropas, y el médico se inclinó ansiosamente pensando que aquello era el fin. Pero Joe Milton perdió de nuevo el conocimiento, y su respiración se hizo más entrecortada.

—Otra emoción como ésta y bajará a la tumba —gruñó el médico—. ¡Acepte de una vez y lárguese, Challenger! El permiso está a su nombre aunque sea por equivocación, ¿verdad? ¡Pues váyase al infierno!

Joe Challenger, el pistolero capaz de desafiarse cinco veces en una sola noche, hizo una extraña mueca.

De toda aquella situación increíble, de todo aquel problema que jamás creyó ir a vivir, sólo unas palabras quedaban en pie: las palabras de su amigo Joe Milton cuando le había pedido que protegiera a una mujer indefensa.

Su voz sonó ronca cuando dijo:

—Acepto. Venga esa orden de libertad…

El director se la puso en las manos lentamente.

—Ahí la tiene, Challenger. Podrá salir hoy mismo. Le daremos ropas decentes y algún dinero para viajar hasta Louisville. Pero recuerde una cosa: usted va, por decirlo así, en nombre de su amigo, y a su amigo lo tenemos todos por un caballero. Olvídese del revólver. ¡Olvídese de la maldita vida que ha llevado hasta que le trajeron a ese penal! ¡Olvídese incluso de que se llama Joe Challenger, un hombre cuyo oficio consistió solamente en matar!

CAPÍTULO II

El director del penal le miró dubitativamente. Miró sus pantalones bien planchados, su levita de excelente corte y sus botas lustradas. Le costaba creer que aquel tipo elegante, con aspecto de caballero, pudiera ser el terrible Joe Challenger, capaz de matar a cinco hombres en un solo desafío.

—Se conservan bien las ropas que usted traía cuando le detuvieron, ¿eh? —comentó.

—Sí, muy bien. Pero he de reconocer que los guardianes han sido amables y me las han adecentado un poco.

—Iba entonces muy bien vestido, para ser un pistolero sin oficio. Ahora reparo en ese detalle.

Challenger sonrió sin ganas.

—La noche del desafío yo había empezado a trabajar como tahúr en una casa de juego, y para ser tahúr hace falta una cierta elegancia. Estas ropas me las compró la casa a cuenta de mi primera paga, pero aún no he podido devolver el dinero. ¿Qué le parece? ¿Tengo aspecto de tipo honrado, de esos que inspiran confianza a la gente?

El director del penal seguía mirándole fijamente, con una estrecha sonrisa en los labios.

Al fin pareció decidirse y abrió el cajón central de su mesa escritorio. Extrajo un cinto-canana con un revólver y lo tendió a Joe Challenger.

Éste abrió mucho los ojos, sin poder evitarlo.

—¿Un revólver? Yo no llevaba armas cuando me detuvieron y me trajeron aquí.

—Lo necesitará, Challenger. Esta zona es completamente pacífica, pero usted va a Louisville, y aquello es distinto. Además…,

hay otra cosa.

Parecía como si el director no se atreviera a decirlo, como si tuviera la sensación de que iba a cometer un gran error.

—¿Qué? —le animó Joe Challenger.

—¿Ha confiado alguien en usted a lo largo de su vida, Challenger?

—Los indios que me criaron tuvieron confianza en mí.

—Pero sólo hicieron de usted un pistolero.

Joe esbozó una media sonrisa que pareció una mueca triste.

—Yo no fui un pistolero hasta aquella noche —susurró—. En la casa de juego donde empecé a trabajar, cinco hombres golpearon a uno de los indios que me había criado. Una casualidad, ¿verdad? Cinco minutos después había allí cinco muertos.

El director le puso el revólver en las manos.

—Yo también voy a tener confianza en usted, Challenger, una confianza que quizá nadie ha tenido en tan alto grado. Va a acompañar hasta Louisville a una mujer.

—¿Una…, mujer?

—En el pabellón de reclusos femeninos se concede hoy la libertad a una mujer —dijo el director lentamente—. Va a Louisville, pero, aunque ése no sea asunto mío, tengo miedo de que llegue sola allí. Formaba parte de una banda que es posible que quiera intentar algo contra ella. ¿Sería un milagro que usted la protegiese y respetase durante los dos días que va a durar el viaje en tren?

Joe apretó los labios.

—Envíe un guardián.

—No puedo hacerlo. Me faltan hombres y, además, mi misión termina cuando ella atraviese la puerta hacia la libertad. Es más bien una cuestión de conciencia. En cuanto la vea lo comprenderá.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Esa muchacha no puede correr, sino sólo andar. Le alojaron una bala en la cadera hace dos años. Si alguien la persiguiese estaría prácticamente indefensa.

Joe se encogió de hombros.

—Muy bien. ¡Qué remedio! Si con eso me he de convertir en un buen chico, cargaré con ella.

—Sólo hasta Louisville. Allí ella tiene familia.

Fueron al pabellón de mujeres, llegando con la celadora a uno de los calabozos. La celadora abrió.

Joe Challenger parpadeó dos veces al ver a la mujer.

Entró silenciosamente en la celda, como avergonzado. El sol que penetraba a través de la reja daba de pleno en su cabello dorado, puro, casi trasparente. Y en la pequeña celda hacía calor, y todo estaba lleno del olor de la mujer. Era un olor que desprendía su piel y que tenía algo de silvestre, de espontáneo, de puro también. El silencio los envolvía a los dos como un cómplice. Challenger sintió la mirada azul y limpia de aquella mujer recorriendo poco a poco su rostro.

—Ésta —dijo el director— es la mujer que deberá acompañar hasta Louisville si ella le acepta.

* * *

—Ésta es una tierra condenada, señor —dijo el hombre, entornando los párpados—. Todos los ambiciosos, todos los pistoleros, todos los bandidos, parecen haberse dado cita aquí. Ni aun por la integridad de las familias consideradas como honorables podría apostarse hoy un solo dólar. Me alegra ver en mi establecimiento a un caballero y a una dama.

Aquel hombre era el dueño del hotel de Louisville donde acababa de hospedarse Challenger, y éste se dio cuenta de que hablaba de cosas que no sentía. En los hoteles cercanos a la línea de guerra eran precisamente los ambiciosos, los pistoleros y los bandidos quienes pagaban mejor. Challenger, además, había visto instalada una sala de juego en un local anexo al hotel. No: aquel hombre hablaba por sistema, pero en su interior hacía votos para que en aquella ciudad todo continuase igual.

De todos modos esto no le importaba al joven. No le importaba nada, absolutamente nada que no fuese su propio problema. Llevaba dos días viajando en compañía de Nora y eso era demasiado para él.

El dueño hizo una inclinación de cabeza y se alejó. Joe quedó solo en la pequeña sala de visitas del establecimiento.

Se sentía mareado.

No hacía aún dos horas que estaba en Louisville y ya habían ocurrido una montaña de cosas o, por mejor decir, estaban a punto

de ocurrir. Porque a él le resultaba cada vez más difícil permanecer indiferente ante la belleza de Nora.

Afortunadamente, ella descansaba ahora en su habitación. No la tenía delante de los ojos.

De pronto…

Joe tenía los ojos cerrados. Los abrió poco a poco.

Una mujer se había acercado en silencio hasta la butaca que él ocupaba, y de allí provenía el
fru-frú
de sedas que acababa de percibir. Joe levantó la cabeza de repente y sintió incluso como una sacudida en su cuello.

La mujer que se acercaba hubiera llamado la atención en cualquier parte. Desde luego, era imposible que un monumento así pudiera andar sola por las calles, durante la noche en Louisville. Resultó impresionante aún para él, que acababa de hacer un viaje con la inigualable Nora.

Esta mujer, desde luego, no llevaba vestidos humildes. No iba peinada de cualquier modo, ni tenía impresa en sus ojos una mirada de desesperación. Era, en verdad, toda una dama. Su vestido, exquisitamente cortado; sus cabellos, adornados con arreglo a la moda más escrupulosa; su sombrilla, con empuñadura de plata; sus joyas, y sus movimientos un poco cadenciosos e incitantes hacían de su figura algo que a primera vista era incomparable. Claro que tras un instante de contemplarla se advertía que no había en ella aquel sello juvenil, casi mágico de tan hermoso, que existía en Nora. Que en sus ojos no había aquella luz tan natural y tan pura. Pero para eso hacía falta fijarse en los detalles secundarios y, desde luego, los detalles primarios eran tan importantes y atractivos que uno no tenía ganas de profundizar más.

Pues bien, aquella beldad sonrió de un modo que hacía daño a los ojos y se sentó con bastante descaro en el sillón frontero al que ocupaba Challenger. Las amplias faldas que una dama bien vestida de la época consideraba necesario llevar, impidieron que el modo de sentarse fuera completamente descarado, pero la desenvoltura fue manifiesta. Y Joe se sorprendió tanto más cuando aquella mujer era, sin ningún género de dudas, una verdadera dama.

—Estoy sorprendido —dijo el hombre, tratando de no mirarla con demasiada fijeza—. Cualquiera diría, viéndola avanzar con

tanta decisión hasta este sitio, que me buscaba usted a mí.

La sonrisa de la mujer se hizo más expresiva.

—Y a usted le busco, precisamente.

—Entonces he de suponer que éste es el año de mi buena suerte. Debería preguntarle dónde nos hemos conocido y cómo sabe quién soy, pero al sol no se le puede preguntar por qué hace su aparición. De modo que puede ahorrarse presentaciones y hablar usted todo lo que quiera.

La mujer pareció complacida por aquellas palabras y, como si se hubiera quitado una preocupación de encima, se dedicó a observar a Joe con más desenvoltura y atención. Hubo algo en el aspecto del hombre que debió sorprenderla.

—Le imaginaba a usted de otro modo. Algo más temible, si me permite decirlo.

Joe entrecerró los ojos un instante.

—Dígame cómo se llama. Dígame quién le ha hablado de mí.

—Mi nombre no le dirá nada —sonrió la mujer, muy segura de sí misma—. Me llamo Leila Sandor.

—En efecto, su nombre no me dice nada.

—¿Dónde está Nora?

—¿Cómo sabe que vengo con una mujer llamada Nora? —preguntó Joe lentamente—. ¿Cómo sabe que mi aspecto tenía que ser algo más canallesco?

—El director del presidio de Saint Paul me telegrafió —dijo Leila con la misma desenvoltura—. Un telegrama bastante largo, por cierto. Dijo que Nora quedaba libre y que la acompañaría hasta aquí un hombre llamado Joe Challenger. Como el único tren de enlace llegaba hoy, me he puesto en movimiento en seguida. Pero he tenido que preguntar en dos hoteles antes de decidir a venir a éste. Y la verdad: Éste parece bastante caro.

—Demasiado caro para un presidiario, ¿verdad? —sonrió tristemente Joe Challenger—. Yo también lo creo, pero no pienso estar aquí más de un día. Tenía unos ahorros de mi trabajo en el presidio y bastarán para pagar esto. ¿Es usted pariente de Nora?

—No. La única pariente que tiene es una hermana, pero yo soy amiga suya.

—¿Dónde está esa hermana? ¿Cómo se llama?

—Se llama Use. Y en cuanto a su paradero…, no lo conocemos

en este momento.

—¿Quiere decir que ha desaparecido? ¿Qué tontería es ésa?

—Ninguna tontería, señor Challenger. Se hospedaba en el Palace conmigo, pero últimamente nos enfadamos y se trasladó al Western. Allí estaba esta mañana, pero a partir del mediodía nadie ha vuelto a verla.

Joe entrecerró los ojos.

—¿A qué se dedican ustedes?

—¿Me está usted ofendiendo, señor Challenger?

—No. Sólo pregunto a qué se dedican ustedes.

—No conquistamos a los hombres, si es eso lo que usted piensa. Tenemos unas rentas y vivimos en esta ciudad. ¿Hay algo de malo en ello? ¿O es que se ha enamorado de Nora y está preocupado ya?

A Joe no le hizo gracia la sonrisa irónica de la mujer, a pesar de que era una de las más bonitas que había visto en su vida.

—Nora y yo hemos viajado juntos dos días, pero casi sin dirigirnos la palabra —dijo—. Además, hermana, yo no me enamoro tan fácilmente. Agradezco sus explicaciones y mañana le entregaré solemnemente a Nora. Esta noche le he pedido que descansara.

—En ese caso, bien venido a Louisville, señor Challenger. Y si no piensa invitarme ni siquiera a una copa, me retiraré a mis lujosas habitaciones.

—Espere…

—¿Piensa invitarme?

—Está usted deseando que lo haga para decirme que no bebe con presidiarios. Y no tema que cometa esa tontería. Sólo quiero preguntarle si conoce a una mujer llamada Lorena Milton. Es la esposa de un compañero.

—¿Lorena Milton? ¡Claro que sí! ¡Vivía también en el Palace!

—¿Vivía? ¿Y ya no está allí?

—¡Oh, no! El pajarito voló. Se ha largado a Memphis.

—¿Memphis?

—Sí. Lorena es una mujer un poco inquieta, ¿sabe? Si quiere decirle algo tendrá que ir a buscarla allí. Y, ahora, buenas noches…

La mujer hizo una burlona reverencia, con expresión de cortesana de lujo, y salió de la habitación, dejando tras sí una intensa estela de perfume.

Joe Challenger estaba perplejo.
Memphis…
Necesitaba más dinero si pensaba llegar hasta allí.
Entró en la sala de juego.

CAPÍTULO III

Hacia las once de la noche, con dinero suficiente para llegar a Memphis y vivir un par de semanas allí, Joe Challenger salió del hotel.

Un camarero locuaz le había hablado también de Ilsa, la hermana de Nora. Una buena chica, al parecer, pero que no se sabía de qué vivía. Antes de trasladarse al Western había estado alojada en el Palace y una casa de las afueras, cuyas señas le dio.

Y ahora Challenger iba hacia la casa.

Resultó ser una finca situada al extremo de la calle Mayor. Fácilmente se adivinaba que el que la ocupase debía estar en buena posición, pues la arquitectura era elegante. Pero estaba muy descuidada, dando a entender con ello bien a las claras que el que la ocupaba no era su dueño, sino alguien que la tenía alquilada por breve tiempo, importándole muy poco el estado en que la dejase. Confirmaba esta idea un letrero que decía: «Se desocupa la semana próxima. Se admiten ofertas para alquiler».

Joe atravesó el jardín, tras encontrar la puerta abierta, y avanzó hacia la casa. A través de una de las ventanas de éste veíase luz. El joven supuso que alguien estaba en aquella habitación y se acercó a la puerta para tirar del cordón de la campanilla. Pero antes de que llegase a hacerlo notó que la segunda puerta, la que daba entrada a la casa, también estaba abierta. Suavemente, dominado por un impulso interior que no quería explicarse, la empujó y pasó al vestíbulo que se abría tras ella.

La casa constaba de una sola planta, pero las habitaciones eran numerosas y amplias. La suave luz de una lámpara iluminaba tristemente una de las piezas del interior, y trató de orientarse para llegar hasta ella. No le fue difícil.

Era la única que tenía la puerta cerrada. Joe se acercó a ella, pegó el oído a la hoja de madera y, al no percibir el menor ruido, entró de repente. Estuvo a punto de tropezar con alguien que estaba tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Joe saltó sobre el cuerpo, desenfundando el revólver, e hizo un movimiento de abanico que abarcó toda la pieza. Al darse cuenta de que en ella no había, al parecer, ser vivo alguno, descendió los ojos hasta el suelo. Vio entonces claramente a un hombre desconocido con un largo cuchillo clavado en la espalda.

No debía hacer mucho que se lo clavaron, porque aún brotaba sangre. Joe se inclinó para saber si el hombre necesitaba alguna ayuda, pero estaba más muerto que una momia. La punta del cuchillo debía haberle atravesado el corazón. Entonces aspiró el aire quieto de la casa, un aire cargado de misterio, de soledad. Y se sintió tranquilo.

Por desgracia, entendía lo suficiente de cuchilladas y cosas parecidas para saber que aquel puñal no lo habían clavado ni cuatro minutos antes. Por tanto, era más que probable que el asesino estuviera todavía en la casa.

Volvió a aspirar aquel extraño aire, aquel silencio cargado de amenazas.

Y entonces la puerta situada a su espalda comenzó a abrirse poco a poco.

Joe Challenger no llegó a oír nada, pero sintió a su espalda una debilísima corriente de aire. Aquel cambio, que otro hombre no hubiese advertido siquiera, fue para sus nervios como una descarga instantánea.

Se arrojó por completo al suelo, dando dos vueltas sobre sí mismo por encima de las tablas que lo formaban, mientras las balas picoteaban la zona cubierta por la sangre del desconocido. Joe vio los fogonazos en la puerta que estaba a su espalda, mientras daba una de sus rapidísimas vueltas, al tiempo que la habitación se llenaba del silbido atroz y ululante de las balas.

Con expresión fanáticamente decidida, Joe Challenger disparó también. Tenía ya el revólver en la mano y eso le fue de una decisiva utilidad ahora. Porque el hombre que había aparecido en la puerta, disparando con un «Winchester» de cañón corto, se encontró con un huracán de plomo antes de haber tenido tiempo siquiera

para fijar la dirección de sus tiros. Vio luces anaranjadas, rojas, violetas, delante de sus ojos, sintió que sus rodillas vacilaban y cayó sin darse cuenta de que aquello era el fin.

No estaba solo, sin embargo.

Tras él había otro hombre, éste empuñando dos «Colt» último modelo. Era él quien había dado muerte al desconocido, porque la funda de su puñal estaba vacía. Tiró al azar por el hueco de la puerta, cuando vio caer a su compañero, pero Joe había estado metido en demasiados líos para dejarse cazar de una manera tan tonta. Cerró la puerta de un puntapié y disparó desde un costado contra la hoja de madera, buscando al bulto a su enemigo. Cuando las balas comenzaron a atravesar la hoja de la puerta, el asesino comprendió que su posición era insostenible y, tras una doble andanada con sus revólveres, echó a correr hacia la ventana que le había servido para introducirse allí. Un par de segundos después estaba en el jardín que rodeaba la casa.

Pero Joe le había visto un poco en el momento de saltar, abriendo la puerta, aunque sin tener tiempo para enderezar su revólver, Joe, en lugar de salir por el mismo sitio, lo que hubiera sido enormemente peligroso, dio media vuelta y salió al exterior por la puerta principal de la casa.

Esto le salvó la vida, pues, en efecto, su enemigo le esperaba agazapado junto a la ventana por si a él se le ocurría salir por allí. Al transcurrir un minuto y ver que Joe no daba señales de movimiento, corrió hacia la verja del jardín y trató de saltarla, pero una bala le voló la cabeza.

Joe, una vez en el exterior, se hizo cargo de la situación inmediatamente. Dio vuelta a la casa, sin olvidar una serie de precauciones, y salió a unos porches por donde no se veía a nadie.

Enfundando su revólver, Joe Challenger avanzó lentamente. Su vieja sangre de pistolero, su sangre brava de la frontera se había despertado ante la proximidad del peligro. Sus ojos grises escrutaban a cada lado de la calle mientras sus dedos nerviosos acariciaban las culatas.

De pronto vio aquel carruaje.

—¡Chist! —dijo la mujer que estaba ante las riendas—. Suba.

Joe comprendió que le convenía aceptar la invitación y tomó asiento frente a Leila, la amiga de Nora y de la esposa de Milton, la

misma que le había ido a visitar poco antes al hotel.

El carruaje era descubierto, de dos plazas, y un solo caballo pura sangre tiraba de él. Leila se retiró un poco para que Joe se sentase ante las riendas.

—He oído tiros —susurró ella—. ¿Es usted el responsable?

El excitó suavemente al caballo para que echase a andar. Cuando el animal hubo emprendido el trote se volvió hacia Leila.

—¿Tiene usted costumbre de pasearse sola a estas horas?

—¿Por qué no? Aquí todo el mundo me conoce y me respeta.

Ella le miraba intensamente, con el rostro completamente vuelto hacia él. En la fijeza de esta mirada suya había algo de obsesionante, de perverso, de absorbente. Era como si de algún extraño modo quisiera hacer suyo a Joe, como si quisiera penetrar hasta el fondo de sus secretos. Y el hombre adivinó que en el amor, el odio o la perversidad, Leila debía ser una mujer enloquecedora.

—¿No temes pasear conmigo? —preguntó Joe.

—No me das miedo —susurró ella—. Un hombre como tú no puede dar miedo a una mujer como yo, que a cada latido de su corazón siente un chorro de sangre caliente en las venas.

La frase estaba allí, tintineando en el aire quieto de la noche, rebrillando como una luz en las tinieblas del camino. Y Joe también se estremeció, porque al estar junto a Leila sentía igualmente, con cada latido de su corazón, un chorro de sangre caliente en las venas. Bastaba que la mujer estuviese allí para dar la sensación de que la noche se había embrujado de repente. Igual que una mano cálida, pegadiza y acariciante, la mirada de Leila estaba en el rostro de Joe. Y éste desvió la cabeza.

—¿Sigue sin aparecer Use?

—Aún no ha vuelto por su habitación del Western.

En estos momentos el caballo había emprendido ya un galope muy rápido a través de la llanura desierta. Joe intentó moderarlo, pero el animal no obedecía.

—No comprendo cómo sale usted a pasear con un caballo tan nervioso —dijo mirando a Leila—. Podría darle un disgusto.

—Es que me agradan las emociones. Déjelo que corra.

Joe lo dejó. Permanecieron en silencio mientras el animal se desfogaba. Luego, cansado de la carrera, el caballo fue moderando su paso. Finalmente, se detuvo, resollando, entre dos laderas

completamente cubiertas de pinos.

El aire fresco de la noche los hacía susurrar, abanicando sus copas suavemente. La luna, que empezaba a elevarse, apareció entre las hojas y proyectó sobre ellas una luz espectral y blanca. Esa misma luz fue hacia el rostro de Leila, que emergió lentamente de entre las tinieblas como si acabase de nacer de ellas. Primero la luna iluminó la mitad de su rostro y la mitad de sus labios rojos y entreabiertos. Luego iluminó por completo sus facciones y aquellos ojos que miraban con una fijeza obsesionante. Los labios rojos se aproximaron a Joe.

—Tengo una sensación muy extraña, Joe. Es como si acabase de nacer ahora y me encontrase ante ti limpia de todo pecado, limpia de todas las manchas que haya podido haber en mi vida. Creo que jamás he visto a un hombre como tú ni he vivido una situación como ésta.

La situación no tenía nada de especial, puesto que sólo habían ocurrido tres cosas muy simples: el caballo se había detenido, estaban solos y acababa de salir la luna. Pero estos tres hechos tan simples habían sido suficientes para provocar una tensión que por lo violenta era casi salvaje. Joe percibía en su rostro el aliento cálido como la brisa del verano y perfumado como los campos durante la noche. Veía su pecho subir y bajar al compás de cada respiración. Los ojos de Leila eran negros, muy negros, y sus labios eran rojos, muy rojos. Esos labios se aproximaron un poco más, un poco más…

Fue Leila la que le besó, porque Challenger no quería dejarse arrastrar; tenía miedo de sí mismo. Durante ese beso, Joe sintió más que nunca, a cada latido de su corazón, el golpe sordo de su sangre.

La mujer se separó y sus ojos brillantes escrutaron el rostro del joven.

—¿No habías besado nunca, Joe?

—Hacía muchos años que no besaba a una mujer.

Leila se estremeció.

—No sabes lo que esto significa para mí. No sabes lo que he deseado siempre un hombre que no conociera el amor.

Había en la mujer algo palpitante, cálido. Joe entrecerró los ojos y entonces pensó en Nora, en Ilse y en la mujer de Milton.

—Volvamos. No tenemos nada que hacer aquí.

Excitó nuevamente el caballo y éste reemprendió la marcha. Leila, con la cabeza tercamente vuelta hacia un lado, rehusaba mirar al hombre.

Éste dijo:

—Quiero ver la habitación que Ilse ocupa en el Western y de la que ha desaparecido por el momento. Vamos allá.

* * *

Llegaron al Western cinco minutos después. Ella le dio el número de la habitación que había ocupado Ilse.

—El trece.

—Precioso número. Aguarda aquí si quieres. Yo trataré de averiguar algo.

Sin esperar respuesta, subió. A pesar de la categoría del hotel, no había en este momento nadie en el departamento de recepción, y por tanto, nadie le puso obstáculos.

Llegó fácilmente hasta la habitación número trece, cuya puerta estaba entornada.

Entró y encendió en seguida la lámpara de petróleo que se divisaba junto a una de las ventanas. Apenas lo había hecho y tenía aún los brazos en alto, cuando una cosa dura le acarició la columna vertebral.

—Quieto, mi amigo, o lo relleno de plomo.

La luz permitió ver a Joe que había otro hombre en la habitación, éste tumbado en la cama. Le apuntaba indolentemente con un «Colt» y le contemplaba con la sonrisa dañina del que ya tiene segura su presa. El otro le apretaba tan firmemente con el cañón que Joe comprendió que sería un suicidio intentar algo. Pero no obstante, bajó los brazos.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Los encargados de la limpieza del hotel?

El que estaba a su espalda rió.

—Eso, amigo. Nos encargamos de echar la basura a la calle. No puede imaginarse el peligro que corre.

Joe se volvió poco a poco. Antes de que pudiera hacerlo del todo, el otro le clavó un bestial culatazo en la nuca, y el joven rodó por el suelo con un gemido de dolor. Una bota se le clavó entonces en las costillas haciéndole encogerse.

—Vamos a amarrarle antes de que se nos deshaga o antes de que se nos pudra —oyó decir.

Joe estaba aún medio inconsciente a causa del culatazo. No pudo evitar que el de la cama cayera sobre él y le plegara brutalmente las manos a la espalda. El otro, un tipo de unos veinticinco años, de facciones simiescas, lo descalzó.

—¿Puede saberse qué queréis? ¿Quién diablos os envía?

—Papá Noel.

El que estaba frente a Joe roció con pólvora, que ya tenía preparada, las plantas de los pies del joven y los espacios interdigitales. Luego sonrió cruelmente, mientras encendía un pedazo de yesca.

Joe gimió, tratando de contorsionarse y liberar sus brazos. Pero la llave que le aplicaba el de su espalda era tan perfecta que no pudo hacer nada. Contempló, con ojos desorbitados, cómo la llama se acercaba a sus pies, que iban a quedar convertidos en una masa informe. Apretándose los labios hasta hacerse sangre en ellos, logró dominar su nerviosismo y preguntó:

—¿Quién os envía? ¿Quién os paga por hacer esto?

—Ya lo averiguarás… cuando puedas volver a andar.

La llama se acercó un poco más. Joe gimió como si hubiera perdido la serenidad y estuviese aterrorizado. Pero no lo estaba.

Sus dos piernas se movieron a la vez con la rapidez y la fuerza de dos catapultas. El hombre que estaba frente a él lanzó un aullido y cayó de espaldas, mientras el otro hacía más salvaje e intensa la llave de brazos. Joe se contorsionó, dominando el terrible dolor, y el otro siguió pegado a él como un lapa. Haciendo un sobrehumano esfuerzo y, poniendo en juego toda su poderosa musculatura, el joven se puso en pie, y sin transición se lanzó de espaldas contra una de las paredes. La luna del armario situado allí se rompió y los dos hombres quedaron casi empotrados en el mueble. Pero el que estaba pegado a la espalda de Joe fue el que recibió el golpe, y algunos cristales se pegaron ligeramente a su cabeza. Lanzó una horrenda maldición y trató de hacer más intensa su presa, sin conseguirlo. El otro ya se había rehecho y venía contra Joe, pero éste levantó nuevamente ambas piernas y lo lanzó contra la otra pared como a un pelele. Luego movió la espalda, haciendo que el cuerpo del otro se frotase contra los cristales rotos. Notó que la

presa se hacía instantáneamente más débil y entonces movió a la vez ambos brazos con un esfuerzo gigantesco. Quedó libre y a causa de la misma fuerza que había puesto en juego salió proyectado contra la otra pared. «Sacó» mientras el enemigo que tenía a su espalda disparaba frenéticamente. Las balas picotearon la pared como reptiles ansiosos. Joe hizo fuego dos veces y el otro se encogió, aullando, sin haber podido salir aún del armario. Como casi estaba bajo la cama, Joe la levantó con una mano y una pierna y la lanzó contra su otro enemigo. No pudo alcanzarle debajo, pero al menos salvó la vida. Las balas del pistolero mordieron inútilmente las ropas. Joe disparó otra vez, con los dientes apretados y los ojos empequeñecidos, sabiendo que lo hacía sobre seguro, y su enemigo se llevó la mano al rostro con un gemido de horror. La bala le acababa de penetrar entre los ojos. Cayó como un plomo, mientras la sangre saltaba entre sus dedos. Joe, instantáneamente, para no verlo, lo cubrió con una de las sábanas. Pero ya se habían despertado sus nervios de pistolero. Ya volvía a ser el que fue, el que mató a cinco hombres, el que jamás en su vida había necesitado más de una bala para cada desafío.

Estaba calzándose apresuradamente cuando alguien empujó la puerta. El dueño del hotel entró, sudoroso y lívido. Por su expresión, Joe adivinó en seguida que aquel hombre sabía ya que dos pistoleros aguardaban en la habitación.

—Pero ¿qué es esto? —inquirió el dueño del hotel.

—¡Dígame quiénes eran esos tipos o no me costará nada disparar otra vez!

—Yo…, yo no lo sé exactamente, señor, porque aquí llega continuamente gente nueva. Pero diría que son Tim y Larry.

—Ha pronunciado usted sus nombres sin haber visto a uno de ellos, que está cubierto por una sábana. ¡Maldito sea mil veces! ¡Dígame por qué les ha permitido entrar aquí y de quién es la cochina mano que está pagando todo esto! ¡Hable o le descerrajo una bala en la cabeza!

El dueño del hotel parecía aterrorizado. Pero más que por Joe por lo que éste le preguntaba. Sólo pudo decir:

—Es muy importante, señor… Tan importante que no puedo hablar más. Y si quiere aceptar un consejo de un hombre que aprecia la vida, márchese de la ciudad… Las cosas están llegando

demasiado lejos y aquí correrá mucha sangre…

Joe ya había terminado de calzarse. Se puso en pie y sujetó al hombre por las solapas.

—¡La sangre ha empezado ya a correr y nada podrá detenerla! ¡Abra la boca y suelte el nombre del que le ha obligado a esto! ¡Acabo de matar a dos hombres y le juro que no me importará matarle a usted!

—¡No puedo! ¡No puedo hablar!

El hombre estaba sinceramente aterrorizado. Para arrancarle una palabra más hubiera tenido que arrancarle la piel. Y como Joe, desgraciadamente, ya había tenido que emplear bastante la violencia aquella noche, decidió no ponerse más duro por el momento. Dio un empujón al hombre y lo arrojó rodando por el suelo.

Luego, y tras sujetarse bien el revólver, registró la habitación.

Vio la cama, la alfombra limpia y una silla sobre cuyo respaldo había doblados varios vestidos. De la mujer ni rastro. Sus ojos de águila escrutaron las tinieblas mientras engarfiaba la culata de su revólver. Estaba con los nervios tan en tensión que si en este momento, en la oscuridad, se hubiese movido una mosca, la habría atravesado con plomo ardiendo. Pero dentro de la habitación no se movía nadie.

Quizá la mujer había salido de viaje, pero Joe no se fiaba de una explicación tan simple. Tomó la lámpara de petróleo y la levantó sobre su cabeza, procurando no ofrecer la espalda a la oscuridad.

Una claridad triste y mortecina se extendió por la pieza.

Evidentemente, Use no estaba allí. Pero Joe, con una extraña media sonrisa, levantó el revólver.

Había visto un frasquito de perfume derribado sobre la mesa, junto a la lámpara. Era perfume bueno y fino, por el que se hubiese pagado una montaña de dólares; ya lo había olido nada más entrar. Y una mujer no sale de su habitación dejando que se pierda tontamente su mejor perfume.

Joe se dio cuenta de que aquello se componía en realidad de dos piezas. En la habitación donde se encontraba, que era el dormitorio, había una puertecilla entreabierta. Joe se acercó a ella con paso suave, enderezó el revólver y la abrió de golpe.

Un segundo después la había vuelto a cerrar.

Algo febril, maniático, obsesionante, brilló en sus ojos. La mano que empuñaba el revólver tembló, y Challenger tuvo que sentarse en la silla donde estaban los vestidos porque le sobrevino de repente la sensación de que iba a caer al suelo.

Y eso que Joe Challenger había visto muchas cosas durante su vida.

Tragó saliva poco a poco, reunió fuerzas —porque las necesitaba para aquello— y abrió de nuevo la puerta. La mujer estaba allí, en la pequeña habitación-ropero, pero no como él había esperado encontrarla. Con las ropas aún desordenadas a causa de la lucha, pendía de una fina cuerda que estaba sujeta a su vez de una viga del techo. Sus manos estaban inútilmente crispadas casi a la altura del cuello. Tenía los ojos abiertos y le estaba mirando a él, a Joe.

Poco a poco, con una especie de fatalismo, volvió a cerrar la puerta. Pero los que conocían a Joe sabían que aquel fatalismo no era más que esa solemne calma que precede a la tempestad. Ahora, en su corazón, había odio, había rabia. Y ese corazón se veía encogido por un sordo y vehemente deseo de matar.

CAPÍTULO IV

No se despidió de Leila, que debía seguir aguardando abajo. Simplemente saltó por una de las ventanas a la parte trasera del hotel y entró en un *saloon* cercano a beber una copa.

La necesitaba.

Los acontecimientos habían sido tan extraños y rápidos que apenas le habían dejado tiempo para pensar.

Trató de resumirlos.

Primero Nora, la mujer que cumplía condena en Saint Paul y a la cual él había acompañado durante el viaje, sin cambiar apenas una mirada con ella. La única pariente que tenía en Louisville era su hermana Use, e Use acababa de ser asesinada.

¿Cómo explicárselo? ¿Qué iba a hacer Nora después de esto? ¿Y qué iba a hacer él?

Luego estaba Lorena, la esposa de Joe Milton.

Se había marchado a Memphis sin dar ninguna explicación, sin preocuparse de nada más que de huir. ¿Por qué? ¿Y de quién huía?

Por último estaba Leila Sandor. Leila había ido a verle al hotel para interesarse por Nora. Pero ¿de qué vivía aquella extraña mujer? ¿Qué hacía en Louisville una princesa como ella?

Mientras pensaba en todo esto, bebiendo a cortos sorbos su *whisky* junto a la puerta del *saloon,* le pareció ver a una mujer que pasaba a caballo, montando de costado, a gran velocidad.

Joe Challenger estuvo a punto de lanzar un grito.

¡Porque hubiera jurado que aquella mujer era Nora, a la que él había dejado poco antes durmiendo en su habitación del hotel!

* * *

En efecto, era Nora.

Nora, completamente vestida se dirigía hacia el hotel Western donde el mismo camarero que informó antes a Joe le había dicho que se hospedaba su hermana Ilse. Pero estaba en una de las calles más oscuras de la ciudad cuando se dio cuenta de que la seguía alguien.

Eran dos hombres. Ambos montaban buenos corceles y la alcanzarían inmediatamente.

Los recordó. Se les reconocía fácilmente por el modo peculiar como iban inclinados sobre los cuellos de sus monturas. Antes de que ella fuese a la cárcel habían intentado ya lo que sin duda intentaban ahora.

Dominada por el terror, Nora excitó su caballo, pero no pudo obtener mucha más velocidad de un caballo que tenía ya edad para estar en la cuadra rodeado de sus nietos. Al fin y al cabo, se lo había prestado el camarero del hotel pensando que tendría que trotar poco. Vio cómo las monturas de sus enemigos se acercaban de un modo fatal y comprendió que dentro de cinco minutos sería alcanzada si no lograba desorientarles. Lo peor era que había salido de la ciudad sin darse cuenta.

Se introdujo por un cañón de suelo arenoso, y los dos fueron tras ella. Conocían la comarca demasiado bien para que alguien tratase de darles esquinazo. En la arena la marcha del caballo que montaba la muchacha se hizo mucho más difícil, y las patas del animal no tardaron en doblarse. Para evitar que se las rompiera en una caída, saltó al suelo y echó a correr por entre unos cañaverales. Allí el suelo, cerca de un pequeño arroyo, era también arenoso. Dejó de oír a sus perseguidores y por un instante creyó haberles desorientado. Pero cuando más empezaba a arraigarse en ella esta confianza, una garra apareció por su espalda y le rasgó el vestido de un tirón. Las cuatro manazas de los dos hombres cayeron sobre su boca y su cintura, reduciéndola a la inmovilidad. En confuso montón rodaron por el suelo, sobre la arena. Nora lanzó un estertor mientras uno de los dos le ataba un pie al tronco de un pequeño árbol muy cerca del agua. La muchacha quedó de espaldas a tierra e indefensa como un pobre animal presto al sacrificio. Intentó levantar el tronco para desatarse el pie, pero uno de los hombres lo impidió con un manotazo en la boca. Nora cayó otra vez de espaldas a tierra, sin

querer llorar, pero sabiéndose completamente perdida.

Los hombres se colocaron uno a cada lado.

—¡Te estábamos vigilando! —gritó uno de ellos—. ¡Te estábamos vigilando desde que has llegado a la ciudad! Y en cuanto te hemos visto salir…

Nora trató de incorporarse otra vez. Con ojos llameantes miró a los dos hombres.

—¿Quién os paga ahora? ¿Por cuenta de quién trabajáis, granujas?

—Pssse… ¿Eso qué importa? Y mira, niña, tienes un aspecto de potra salvaje que nos ha encandilado a los dos. Hace mucho tiempo que esperamos una oportunidad como ésta. De modo que antes de matarte vamos a hacerte rabiar un poco.

El pecho de Nora subió y bajó espasmódicamente dos veces. Veía los rostros sudorosos y los ojos brillantes de los dos hombres, agazapados uno a cada lado, como fieras dispuestas a saltar. La luna apareció pura y límpida entre los ojos de los hombres. Esa luz blanca de la luna pareció ensuciarse al tocar aquellos rostros. Leo, el más joven, tendió poco a poco la mano.

—¿Queréis conseguir ahora lo que no conseguisteis la otra vez? —susurró Nora con voz febril—. ¿Sí? Lo lamento…, ¡porque antes tendréis que matarme!

Los dos rieron a la vez de una forma ratonil, silenciosa.

—No hará falta. Sabemos cómo tratar a las chicas.

Los dos se lanzaron contra ella casi a la vez, sujetándole las manos, y se las ataron brutalmente a la espalda. Nora gimió, impotente, y los cañaverales se tragaron sus gemidos. Aquellos hombres iban provistos de todo: cuerdas, armas y hasta de un pañuelo limpio con el que se dispusieron a amordazar a Nora. Una vez lo hubieron conseguido, y viéndola tan completamente indefensa, se frotaron las manos casi a la vez.

Fue en ese momento cuando oyeron un ruido muy suave a su espalda.

Las cañas se habían movido. Oscilaban. Leo y Ted, su compañero, creyeron que el aire las había movido, pero no hacía viento. Se llevaron instintivamente las manos a las culatas de sus armas.

La luna, cada vez más alta, lo iluminaba todo. Y fue la luna lo

que les permitió ver a aquel hombre.

Iba bien vestido. Pero la atención de Leo y Ted pasó rápidamente por encima de los detalles, porque había algo que reclamaba más su interés: los ojos de aquel hombre, aquellos ojos en los que supieron leer una fría y despiadada sentencia de muerte.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Leo—. Esta mujer no es su esposa. ¡Lárguese!

—Me largaré… cuando haya terminado mi trabajo.

Leo y Ted parpadearon a la vez, confusos y un poco trémulos. Había algo en la voz de aquel hombre que producía un escalofrío. Y a pesar de que los dos se consideraban excelentes tiradores, y eran dos contra uno, sintieron que sus dedos temblaban al rozar las culatas.

—¿Quién os ha pagado para acabar con Nora?

Ted sonrió.

—Adivina adivinanza.

La respuesta no pareció desconcertar demasiado a Challenger.

—Está bien, así perderemos menos tiempo. ¡Defendeos, si sabéis luchar cara a cara!

Leo y Ted tiraron instantáneamente de las culatas que ya estaban tocando con los dedos. Al hacer este gesto renació la confianza en ellos y supieron que iban a vencer. Porque eran pistoleros profesionales, y en cambio, el otro no era más que un hombre sin su experiencia. Se arquearon un poco y levantaron sus revólveres.

Joe casi no se había movido. Disparó frenéticamente mientras amartillaba con la izquierda, un poco inclinado hacia delante y con los ojos entrecerrados por el odio. Sus dos enemigos ni siquiera llegaron a levantar sus revólveres, tal fue la rapidez alucinante de sus disparos. Dos botones rojos aparecieron en sus camisas, a la altura del corazón, y los dos hombres se desplomaron como peleles sin vida. Cayeron cara al cielo, con las facciones deformadas por una invencible expresión de asombro.

Joe enfundó su revólver. Una expresión de sufrimiento endurecía su rostro. Colocó bien los cadáveres sobre las cañas, les cerró los ojos y les plegó las manos sobre el pecho para borrar de ellos la trágica tensión que había acompañado a sus últimos segundos. Luego miró a Nora.

La muchacha, que estaba amordazada, tenía también los ojos clavados en él. Había una extraña fuerza en la mirada de la mujer. Un fluido magnético que parecía unirse a la luz de la luna y creaba una especie de magia. Entre los cañaverales, extinguido el eco de los disparos, empezaron a croar las ranas. Su sonido insistente, monótono, comenzó a llenar la noche y los envolvió a los dos.

Nora se sentó en el suelo, aunque no podía liberarse de sus ligaduras. Joe se arrodilló frente a ella, desató las ligaduras de su pierna y luego las de sus brazos. Por fin le quitó la mordaza.

La mujer se puso en pie. Quedó quieta a unos centímetros de su rostro y mirándole fijamente.

Y entonces Joe hizo aquello.

«Aquello» consistió en mover la mano derecha. En aplastarla contra la mejilla de Nora. En volverla a golpear luego con el dorso.

La muchacha cayó al suelo, vencida, pero no lloró.

Debía estar acostumbrada a que la golpeasen y la maltratasen. Elevó tan sólo su rostro hacia el de Joe, muy poco a poco y le miró con fijeza.

La luna arrancó raros destellos de sus ojos. Parecían como dos piedras preciosas que brillaban muy cerca del arroyo. El rumor de las aguas de éste se escuchaba cantarinamente en la noche, mezclado al croar de las ranas y el susurro tierno de las cañas al ser mecidas por el viento. Los dos tuvieron la sensación de que no estaban en Louisville, ni en ninguna otra parte. Se hallaban solos en algún extraño lugar del mundo donde sólo existían ellos, y aquella luna, y aquel viento que mecía las cañas que los ocultaban a los ojos de todos. Cesaron incluso las ranas en su monótono croar. Y la voz de Nora surgió de la penumbra.

—¿Por qué me has golpeado, Joe?

—No lo sé —musitó roncamente él—, te juro que no lo sé. Ha sido como un ciego impulso.

Y añadió:

—Perdona.

Ella, estremeciéndose, pareció adivinar algo en el fondo de los sentimientos del hombre.

—No creerás que he venido aquí por mi propia voluntad, ¿verdad? —susurró—. No tendrás celos…

—¿Qué derecho tengo a estar celoso de ti?

—Pudieras haberte enamorado.

—No digas tonterías, Nora. Sólo hace unos días que nos conocemos.

Ella suspiró, añadiendo con extraña expresión:

—A veces, unos días bastan.

Joe Challenger temió ser adivinado, temió decir que había seguido aquel ciego impulso al ver a Nora con los hombres a los que parecía conocer, aunque ellos la dominasen a la fuerza. Ahora estaba arrepentido, pero no dejaba de reconocer que uno solo golpea a una mujer cuando la odia mucho o cuando la ama más que a su vida. Y él no odiaba a Nora.

Resolvió no mirarla y fijó su atención en los dos cadáveres.

—¿Quiénes eran?

—Se llamaban Leo y Ted.

—¿A qué se dedicaban?

—Pistoleros profesionales.

—¿Por cuenta de quién?

—Por cuenta del primero que les contratase. Pero esta vez no he podido saber para quién trabajaban. Antes de que yo fuese a la cárcel eran tres los hermanos, e intentaron abusar de mí. Yo maté a uno de ellos, pero Ted y Leo combinaron las pruebas para que fuese condenada. Cuando me llevaron a la cárcel, ellos dijeron que ya esperarían su oportunidad. Por lo visto, esa oportunidad había llegado ahora. Alguien les había encargado matarme, y antes pensaban divertirse un poco. De no ser por ti…

Joe Challenger dio inmediatamente otro giro a la conversación.

—¿Por qué has salido del hotel a estas horas?

—No podía dormir, y entonces he pensado que quizá podría ir adormeciéndome si leía un periódico. Además, estaba nerviosa, necesitaba tomar un poco de aire… De modo que me he vestido y he bajado al salón del hotel. Al pedir un periódico a uno de los camareros le he preguntado por Ilse, y él me ha dicho que se alojaba en el hotel Western, y que antes había estado en una casa de las afueras. He sentido el repentino deseo de verla en seguida, un deseo muy natural, y el camarero se ha ofrecido a prestarme un caballo. El resto ya lo conoces.

Challenger movió la cabeza pensativamente.

—Sí, ya lo conozco.

Y añadió:

—Entonces, ¿no has visto a Ilse?

—No. ¿Es que sabes algo de ella?

A Challenger le costaba trabajo decir que sabía demasiado, puesto que acababa de verla ahorcada. Tragó saliva y guardó silencio.

Pensó que, de todos modos, los asesinos de Ilse ya debían estar muertos. Había matado a demasiados individuos para que no estuvieran entre ellos. Lo mejor, por tanto, sería mentir a Nora para ahorrarle aquel dolor.

—Tu hermana Ilse —dijo— se ha ido a Memphis.

—¿A Memphis? Esa ciudad ha sido ocupada hace poco.

—Pues debemos buscarla allí —decidió—. Saldremos mañana.

Y ayudó a marchar del cañaveral a la muchacha, olvidando los cadáveres que dejaban tras sus huellas.

CAPÍTULO V

Joe Challenger pudo dormir al fin en su habitación del hotel. Pegó los ojos a las doce de la noche y no los volvió a despegar hasta las once de la mañana, a pesar de que había resuelto levantarse temprano. Quiso entonces ponerse en pie, pero no pudo. Los duros golpes de la noche de su llegada, y la brutal tensión nerviosa a que se viera sometido acusaban ahora sus efectos. Luego de descansar, se sentía mucho más destrozado que la víspera. De modo que al final resolvió no salir hasta después de la comida.

Iba a necesitar la plenitud de sus fuerzas si los acontecimientos se sucedían como él esperaba.

Después de la comida se enteró de que salía diligencia aquella misma tarde para Memphis, y fue a retirar los billetes.

Hacía una hermosa tarde. Los ejemplares de ganado traídos para el mercado acababan de pasar por la calle Principal de la ciudad. Sobre ésta flotaba una nube de polvo que el sol agonizante teñía de color dorado. Algunos vaqueros descansaban en los porches mientras tocaban sus armónicas lánguidamente. Parecía increíble que allí, donde todo era paz, hubiesen muerto poco antes tantos hombres, y más increíble parecía aún que otros hubieran de morir, si la guerra aún duraba algún tiempo.

Joe adquirió los billetes y volvió a pie hacia el hotel, reflexionando. Cuando estaba aproximadamente a la mitad de la calle Principal, alguien llamó:

—¡Joe!

Se volvió. La que le había llamado era Leila Sandor. Se hallaba ante las riendas de un hermoso carruaje que conducía sola, y del que tiraba un pura sangre, como la noche anterior.

—Va usted muy pensativo, Joe. ¿Es que le gusta pasear solo?

—No sé si me gusta o no. Sólo sé que a veces lo necesito.

—Yo también tengo esa costumbre. Cada día, a esta hora, salgo. ¿No lo sabía?

—Sólo sé que la he encontrado bastantes veces.

Leila pareció decepcionada por la respuesta.

—Todos los hombres que viven en Louisville están pendientes de mis costumbres, Joe. El hecho de que yo salga a pasear sola a estas horas les interesa extraordinariamente. Lamento que a usted le tenga sin cuidado.

Joe la miraba con una expresión rara. Diríase que se estaba preguntando si aquella mujer era tan feliz como aparentaba. Diriase que se hallaba examinando, también punto por punto la provocativa belleza de Leila. Ésta, a pesar de que estaba acostumbrada al trato con toda clase de hombres, jamás se había hallado ante un hombre como Joe Challenger.

—Sube —invitó—. Te confieso que he salido con la esperanza de encontrarte.

Joe aceptó en silencio. La mujer se retiró de su asiento, dejándole a él las riendas. Pero sin apartarse demasiado.

—Vamos a la pradera. Ése es mi camino de todos los días.

Siguieron a lo largo de la calle Principal para salir de la población por el otro lado de ésta. Joe notó que casi todos los hombres le miraban con envidia, aunque esto le importó menos que si en aquel momento cruzase por el cielo una bandada de pájaros.

Joe hizo que el caballo emprendiera el trote. No hablaron más hasta salir de la población. Por aquel lado se extendía una pradera inmensa, donde sólo se escuchaba el suave murmullo del viento. Leila ordenó:

—Detente.

El lo hizo. Sentía junto a su rostro el aliento de la mujer. Sentía golpear su corazón sordamente, muy cerca. Vio temblar los labios de Leila Sandor.

—Estoy enamorada de ti, Joe —declaró ella en voz muy baja—. Estoy enamorada como una loca, a pesar de lo que hiciste anoche.

El no contestó, porque era muy extraño lo que sentía.

—¡Hay mucha gente en Louisville que parece haber jurado matarme! Ésa es la causa de lo ocurrido anoche.

—¡Joe, no pienses en eso!

Su voz era un poco espesa, un poco ronca. La pasión estaba tras ella, como una ñera dispuesta a saltar. El aire se había paralizado, y toda la tarde parecía llena del aliento de la mujer. Joe sintió un estremecimiento.

—¿Es esto una invitación? —susurró—. ¿Me invitas a que te ame?

—Yo no te invito a nada, Joe. Pero eres el único hombre ante el cual me he sentido pequeña, y deseo que me ames. Lo deseo con todas las fuerzas de mi corazón.

El no la besó. No quiso hacerlo.

Guió el carruaje en dirección a Louisville, sin querer darse cuenta del nerviosismo de Leila Sandor. El carruaje fue moderando su galope inicial, pero al entrar en la calle Principal volvió a asustarse, al ver a una gran muchedumbre. Joe lo detuvo en seco. Se oían tiros, gritos y maldiciones de todas clases, formando en su conjunto un diabólico alboroto. Eli joven tuvo que sujetar por el cuello a uno de los hombres que corrían para lograr que le hiciera caso.

—¿Qué ocurre?

—Dos pistoleros —murmuró el otro, jadeante—. Dos pistoleros, que están matando a una mujer llamada Nora.

* * *

La pelea tenía por escenario el *saloon* contiguo al hotel. Al menos eran tres los hombres que lo estaban rodeando, y disparaban a través de puertas y ventanas. Joe se dio cuenta de que su informador se había quedado corto.

Había detenido el carruaje a unos veinticinco yardas del lugar de la pelea. Descendió calmosamente, con las facciones inalterables, dando la sensación de que no tenía nervios.

Leila Sandor gritó:

—¡Ojalá te maten! ¡Ojalá te deshagan a balazos la cabeza! ¡Así sabrás lo que es despreciar a una mujer!

—Gracias por tus caritativos deseos, hermana. No sé por qué pero me parece que se van a cumplir.

Echó a andar hacia el *saloon.* Alrededor de éste, pero a una distancia prudencial, se había formado un círculo humano. Dentro de este círculo solo estaban los pistoleros que hacían fuego contra el

local. Algún quinqué de petróleo debía haber estallado en el *saloon,* y las llamas empezaban a prender en diversos lugares del mismo. Dentro de poco aquello sería una antorcha, cosa que sin duda esperaban los pistoleros. La muchacha que estaba dentro moriría abrasada o sería presa fácil para sus revólveres.

Joe adelantó varios pasos atravesando el círculo. Una voz, a su espalda, gritó:

—¿Qué haces, loco?

El se volvió ligeramente. Vio a un ranchero grueso, de facciones lívidas, que lo contemplaba. En lugar de responder, Joe preguntó:

—¿Por qué han decidido aniquilar a esa mujer? ¿Qué es lo que les ha hecho ella?

—Sólo ésos lo saben, pero la matarán. Han dejado salir a todo el mundo, pero menos a esa mujer. Será quemada viva.

Joe Challenger siguió avanzando.

Había dos pistoleros en aquel lado. En la parte posterior por lo menos debía haber otro, a juzgar por la intensidad de los disparos que se oían. Joe Challenger arqueó ligeramente los brazos mientras gritaba:

—¡Quietos!

Los sitiadores tuvieron un instante de turbación. Sólo un instante. Uno de ellos desvió inmediatamente los revólveres hacia Joe, quien hizo fuego a través de su funda. El hombre cayó hacia atrás soltando las armas, mientras dos puntos rojos se marcaban junto a su cuello. Ése fue el momento que Joe aprovechó para desenfundar completamente. Cuando el otro pistolero se volvió hacia él, ya tenía el revólver a punto.

Hacía años que las gentes de Louisville, pese al triste ambiente de la ciudad, no veían una cosa parecida.

Joe se dejó caer al suelo mientras disparaba. Dos balas rozaron su cabeza, pero él pudo disparar y enviar al Más Allá a su enemigo. De no haberse lanzado a tiempo, éste le hubiera alcanzado mortalmente, sin duda. Pero ahora Joe quedaba en una situación tan crítica que era casi desesperada. El tercer pistolero, después de dar vuelta al local, le estaba encañonando. Tenía ya el dedo en el gatillo. Joe no podría eludir el tiro.

Dio dos vueltas sobre sí mismo y disparó rabiosamente, mientras una bala le rozaba. Su enemigo cayó con la cabeza atravesada.

Joe se puso en pie de un salto.

Corrió hacia allí. Las llamas ya comenzaban a envolverlo todo. Como un ciclón se lanzó contra los batientes de la puerta. Cayó sobre las tablas medio calcinadas. Y vio entonces a Nora, con un provocativo vestido rasgado por dos sitios, apoyándose en la barra del *saloon*…

—Bueno, muchacha, apresúrate a salir antes de que las llamas nos engullan.

—¡Aún deben haber pistoleros!

—Saldremos por delante. No queda nadie allí.

—¿Los…, los has matado tú?

—Ha sido por descuido. No hablemos más. ¡Sal de aquí!

Nora salió seguida por Joe Challenger. Un sordo murmullo de admiración se extendió por la calle al ver a la muchacha.

Joe Challenger no hizo comentarios.

—Vamos al hotel —dijo a la mujer, sencillamente.

—Joe, yo…

—¿Por qué has bajado al *saloon?*

—Estaba inquieta por ti, y creí que allí te encontraría. Me habías dicho que saldríamos hacia Memphis esta tarde…

—Y saldremos. Haz tu maleta.

Entraban en este momento en el hotel.

—Está preparada —dijo ella con cierta sequedad.

Joe Challenger la miró y se dijo que a veces las mujeres agradecen más un piropo que el que uno les salve la vida. Y él no había dicho ningún piropo a Nora.

Tampoco a Leila Sandor.

—Pero ¿vamos a marchar a Memphis sin averiguar aquí quién tiene tanto interés en matarnos? —preguntó Nora con el mismo acento desabrido.

—No te preocupes —sonrió Challenger mientras en sus ojos aparecía una extraña mirada—. Quien sea, no ha conseguido matarnos todavía. Y nos seguirá a Memphis, de eso, no tengas ninguna duda. Nos seguirá inmediatamente.

CAPÍTULO VI

Dos días más tarde, en Memphis, un tipo bien vestido, armado con dos revólveres y provisto de un maletín de piel completamente repleto de efectos personales, entraba en uno de los más elegantes establecimientos de la ciudad, compraba una manta de viaje y se encaminaba luego en línea recta hasta la estación de diligencias.

Una vez en la ventanilla, donde se expedían los billetes, pidió:

—Un asiento preferente en la primera diligencia que salga para el Norte.

—En seguida, señor. Pero tendrá que ser la que sale a las ocho de la noche. Tiene su final en Kansas City.

—¿No hay otra antes?

—Tenemos montado un servicio extraordinario, señor, pero todas las plazas se hallan ocupadas por militares. El frente está cerca.

—Muy bien, me iré a las ocho de la noche.

Retiró su billete, pagó y dio media vuelta para encaminarse a algún lugar donde pasar agradablemente aquellas horas.

Pero al volverse se encontró cara a cara con otro tipo, tan bien vestido como él e igualmente armado.

—¡Sam!

El así llamado le miraba con una inexpresiva sonrisa.

—¿Es que te largas de la ciudad, Trevor?

—Yo… Bueno, yo venía a preguntar por el precio de los billetes.

—Conoces el precio perfectamente porque has utilizado con frecuencia ese servicio. Además he visto cómo pagabas con un billete, Trevor. ¿Puedo saber qué significa esto?

—Significa que me voy —reconoció Trevor francamente—. Sabes de sobras que el hombre y la mujer no fueron muertos en

Louisville. Eso sólo puede tener un significado: él vendrá para rociarnos a todos con plomo. Y descubrirán lo que hay detrás de todo esto.

—¡Bah! ¡Fantasías!

—Todos sabemos que eliminó a varios hombres en Louisville, a pesar de que conocían el manejo del gatillo. El telégrafo ha dado la noticia.

—¡Caramba, Trevor, qué miedo tienes! ¡Si hasta te tiemblan los labios!

Trevor, ofendido, quiso escabullirse, pero el otro no le dejó.

—¿Ya sabe el jefe que vas a largarte?

—Ni siquiera conozco al jefe. Ya estoy harto de todo este cuento. Sé que hay alguien que nos paga y que nos manda, pero no conozco su nombre. Y como no le conozco no puedo decirle que me largo. ¡Explícale tú mismo lo que ocurre y le dices de mi parte que se vaya al infierno!

Las facciones de Sam se ensombrecieron.

—Está bien, Trevor, se lo diré. Y ojalá no tengas que arrepentirte de lo que estás haciendo.

Trevor lanzó un gruñido y se escabulló como una liebre asustada. Cinco minutos después se había encerrado en la habitación de un hotel y estuvo bebiendo sin cesar hasta las siete y media de la tarde.

Hubiera querido emborracharse, pero no lo consiguió. En lugar de eso, al levantarse de la cama donde había estado tumbado, le sobrevinieron unas violentas arcadas en el estómago y vomitó todo lo que había bebido. Gracias a eso se sintió mejor. Comprobó la carga de sus revólveres y salió a la calle.

Procuró ir por zonas bien iluminadas hasta la estación de diligencias, a fin de evitar sorpresas. Creía ver a Joe Challenger en todas las sombras que aparecían en su camino. Vio que la diligencia ya estaba preparada, ocupó su asiento y fingió absorberse en la lectura de un periódico hasta el momento de la partida.

La diligencia, al transportar sólo pasajeros, no llevaba escolta, pero el mayoral y su ayudante iban bien armados. Una vez en la llanura Trevor se sintió más tranquilo.

Atravesaron por entre las colinas rocosas donde poco antes se habían librado combates entre los ejércitos del Norte y del Sur.

Trevor estaba pensando en esto cuando de repente el techo de la diligencia pareció ir a hundirse.

¡Alguien, desde alguna de las rocas, había saltado limpiamente sobre el techo del carruaje!

El mayoral y su ayudante, sorprendidos, no pudieron echar mano a sus armas. Inmediatamente, dos revólveres les amenazaron.

La diligencia se detuvo.

Trevor adivinó inmediatamente que aquello solo podía ser obra del hombre de Louisville del que el telégrafo no había dejado de dar noticias. Lanzó un grito.

Pero no perdió un segundo.

Salió de la diligencia, dando un salto, con el revólver ya preparado. Desde el suelo disparó tres veces, rabiosamente, contra el techo del vehículo.

No había visto más que una sombra cuando de repente sintió que algo muy pesado caía sobre él.

Disparó otra vez, pero sin poder apuntar.

Dos puños se clavaron como garfios en sus cejas, arrancándolas de cuajo. Trevor sintió un dolor insufrible y soltó el revólver para llevarse las manos a la cara.

Joe le castigó entonces el estómago con una rapidísima serie de golpes en corto que hicieron estremecerse de dolor a Trevor. Volvió a bajar la guardia, y los puños de Joe, como mazas de hierro, cayeron nuevamente sobre su rostro. Trevor pidió socorro igual que una mujer.

El puño derecho de Joe se proyectó brutalmente contra la mandíbula de Trevor, que se rompió con un estremecedor ruido de huesos. Cayó junto a la rueda izquierda de la diligencia, clavándose los radios de las ruedas en la espalda. Intentó sacar su otro revólver, y Joe se lo arrancó de un puntapié, que hizo volar el arma por los aires.

Ninguno de los ocupantes de la diligencia intervenía en aquel combate que era sólo una cuestión personal entre dos hombres. Si alguno pensó en atacar a Joe, se arrepintió en seguida al darse cuenta de que tenía aspecto de pistolero.

Trevor boqueó, tragando aire angustiosamente, mientras miraba a su enemigo.

—¿Dónde está Lorena Milton? —preguntó Joe mientras movía

los pies como si fuera a dispararlos de un momento a otro contra la cabeza de su enemigo.

—No lo sé… E ignoro de qué me hablas…

Un puntapié pareció hacer estallar la cabeza de Trevor contra los radios de la rueda.

—Antes de salir de Louisville hice unas averiguaciones en la oficina de Telégrafos —silbó Joe Challenger—. Alguien había puesto telegramas a Memphis dirigidos a un tal Trevor, hablando de mí y diciendo que todo había salido mal. Al llegar a Memphis he preguntado por Trevor y me han dicho que viajabas en esta diligencia.

Todos los del vehículo asistían a aquel diálogo sin atreverse a mover un dedo, sobre todo ahora, que tenían a Joe de cara.

Éste añadió:

—Tú mismo te has identificado con tus revólveres. ¡Y ahora contesta!

—No sé… nada…

Un nuevo puntapié convirtió la cara de Trevor en una máscara sangrienta.

—¿Dónde está Lorena Milton?

—¡Repito que no lo sé!

Por una vez parecía sincero el acento de aquel hombre. Y a Joe no le gustaba golpear a nadie para hacerle hablar. Retrocedió un paso, mientras se mordía los labios, y preguntó:

—¿Está al menos en Memphis?

—¡No puedo hablar!

—¿Por qué?

Flotaba ahora como una sonrisa burlona en la cara destrozada de Trevor.

—Ya lo verás…, si vives.

La mano derecha de Trevor se había movido, sacando un cuchillo español, para lanzar el cual se contorsionó con una rapidez inesperada, proyectándolo contra Joe cuando éste se encontraba más confiado. El joven tuvo el tiempo justo para poner sobre el corazón el antebrazo, en el cual se clavó la tremolante hoja. Joe se la arrancó de un solo golpe, sin hacer caso de la herida, y sopesó el arma en sus manos durante un momento.

—¡Noooo…! —gritó Trevor, dominado por el terror.

Joe clavó el arma en el suelo de un solo golpe, y luego lanzó un revólver a su enemigo.

—Ponte en pie.

Trevor se incorporó poco a poco.

—Guarda el revólver en la funda…, ¡y cuando te atrevas «saca»!

Trevor ni siquiera llegó a guardar el arma. La puso en seguida en dirección de tiro. No le importaba una traición más con tal de vivir… Pero en este momento varias llamaradas parecieron brotar del fondo mismo de sus ojos.

Joe había disparado.

Clavó a su enemigo las dos primeras balas en el corazón y luego fue elevando un poco el cañón del revólver hasta alojarle la última en la cabeza.

Hecho esto, sopló en el cañón, guardó el revólver y dijo a los de la diligencia:

—Lo siento, señores…

Nadie pudo detenerle. Instantes después se lo había tragado la oscuridad de la noche.

Joe, una vez muerto Trevor, se arrepintió de no haberle preguntado una cosa más: ¿Qué perseguían con todo aquello?

Mientras Nora estaba encerrada en el único hotel de Memphis, él se dedicó a hacer averiguaciones sobre Trevor. Fue difícil, pero al fin supo que su último lugar de residencia había sido un rancho llamado Dos Cabezas.

Éste no se hallaba muy alejado de Memphis. Si Joe hubiese conocido el camino hubiese podido llegar allí en unos minutos.

Pero tardó más de una hora.

El rancho Dos Cabezas consistía en una sucesión de tierras que nadie se molestaba en cultivar. Aquí y allá, algunos rebaños miserables pacían por su propia cuenta, alimentándose con los hierbajos que crecían en aquella tierra inculta. Unos cuantos caballos en estado semisalvaje trotaban de un sitio a otro sin que en todo lo que la vista podía abarcar se distinguiera un solo hombre que cuidase de ellos.

A pesar de todo aquello, el rancho tenía un aspecto más o menos normal a la luz del atardecer, pero de noche debía parecer algo así como «el rancho de los fantasmas».

Joe dejó su caballo oculto en una vaguada del terreno y avanzó

a pie por entre las tierras del rancho, procurando que nadie le viera. Aunque esa precaución parecía inútil dado que no se distinguía ser viviente por parte alguna. Así llegó a la vista del cuerpo de edificios del rancho.

Éstos consistían en tres casas, que debían haber sido prósperas en otro tiempo, pero que ahora estaban destartaladas y medio ruinosas. Alrededor de ellas tampoco se veía a nadie.

Pero por una de las chimeneas salía humo.

Joe, agazapado entre las hierbas, esperó a que anocheciera del todo sin el más leve reflejo, y luego, arrastrándose, llegó hasta el edificio principal del rancho, donde se habían encendido unas luces.

Consiguió arrastrarse hasta el porche. Seguía sin verse a nadie por ninguna parte. Encontró una ventana, que estaba floja, la abrió en silencio y penetró en la casa.

Se halló en una habitación oscura. Pero por debajo de una de las puertas entraba un hilo de luz.

Joe la abrió. La puerta chirrió suavemente.

Y dentro vio a una mujer.

Aquella mujer estaba sentada en una butaca, y por primera vez en su vida, Joe llegó a envidiar a un mueble.

Porque la mujer era morena, una morena de color suave y dulce. Tenía la piel fina y tersa. Tenía los ojos brillantes, soñadores y quietos. Tenía, aun viéndola sentada, una tal cantidad de curvas que al contemplarla se hubiera mareado hasta un conductor de diligencias.

Joe no recordaba haber visto jamás a aquella mujer.

El venía dispuesto a ayudarla y lo hubiera hecho aunque aquella mujer hubiera sido un monstruo de fealdad. Pero al ser ella tan bonita, ¡tan diabólicamente bonita!, Joe sintió que algo muy poderoso y entrañable nacía dentro de su corazón.

Porque aquella mujer, además de bonita, era la legítima esposa de Joe Milton.

* * *

Joe oyó el rechinar de sus propios dientes en la calma de la habitación. La mujer levantó un poco más la cabeza.

—¿Quién es usted?

El joven no se atrevió a responder. Por primera vez en su vida

estaba impresionado, sin saber qué hacer, qué pensar…

—¿Quién es usted? —repitió la mujer.

—Soy Joe Challenger, un vulgar pistolero, señora, pero no debe temer nada de mí. Soy el mejor amigo de su esposo, Joe Milton. Y la he buscado por todas partes.

Ella abrió mucho los ojos. Parecía alucinada.

—Joe Milton… —susurró.

Y entonces su cuerpo se dobló y, estremeciéndose, se crismó en sollozos.

CAPÍTULO VII

—No le extrañe que la haya reconocido a pesar de no haberla visto nunca —dijo él en voz baja—. Joe Milton me la había descrito tantas veces, dándome tantos detalles, que por fuerza he tenido que darme cuenta de que usted era Lorena. Lo único que no pensaba era que fuese tan bonita.

La voz de Joe Challenger era suave, y con sus palabras trataba de tranquilizar a la mujer, pero ésta seguía sollozando y estremeciéndose más y más a cada nuevo sollozo.

—Por Dios, ¿qué le ocurre? ¡Lorena! No corre usted ningún peligro. He venido hasta Memphis solo por verla, para prestarle ayuda si es que la necesita.

Se acercó a ella y llegó a acariciarle los cabellos, pero con tanta suavidad que ella ni siquiera llegó a notarlo.

—Lorena… —insistió Joe—, le suplico que reflexione. ¿Para qué llorar? ¿De qué tiene miedo?

Ella alzó la cabeza por fin, y sus ojos anegados en lágrimas —unos ojos donde palpitaba el miedo—, se clavaron en los de Joe Challenger.

—No debió haber venido —susurró—. ¡No debió haber venido!

—¿Por qué no?

—Yo no deseo volver a ver a Joe Milton.

—¿Que no desea ver… a su esposo?

—No.

—No se da cuenta de lo que dice —susurró Joe Challenger—. El estaría dispuesto a hacerlo todo, ¡todo!, por usted. Pero no creo que sea sincera. Me está mintiendo.

—Digo la verdad.

—Me ha costado mucho dar con usted —dijo Joe con voz

tranquilizadora—. Creí que estaba en Louisville, como me había dicho Milton, pero allí supe que había desaparecido. Supe también que había tenido amistad con una muchacha llamada Use, y buscando informes traté de dar con ella. Creí que había desaparecido también, pero al final la encontré, aunque más hubiese valido no hallarla: había sido asesinada. Todo esto mezclado con continuos ataques contra mí, hasta darme la sensación de que alguien tenía el máximo interés en que no la encontrase. —Hizo una breve pausa y añadió—: En Louisville alguien que no he podido identificar aún, cometió la imprudencia de poner un telegrama a un tal Trevor hablando de mí, y esta pista me ha traído hasta aquí, hasta el «Dos Cabezas». Pero ¿por qué está en este extraño lugar? ¿Por qué sigue llorando?

Lorena había hundido el rostro otra vez, y su cuerpo se estremecía de nuevo por el llanto.

—Venga conmigo a la ciudad —invitó suavemente Joe—. Allí todo se aclarará y usted verá como se esfuma esa extraña pesadilla.

De pronto, Joe oyó un sonido lejano, pero que supo reconocer inmediatamente.

¡El sonido de un caballo que se acercaba!

Aguardó con todos los nervios en tensión. Lorena había alzado el rostro y le miraba.

—Alguien llega —susurró—. Ocúltese; yo trataré de desorientarle y luego intentaré reunirme con usted.

Challenger no discutió esas palabras, puesto que no había tiempo que perder. Salió del rancho, y entonces, desde el porche, vio que un jinete descabalgaba frente a los edificios. Otro salió a su encuentro viniendo desde las cuadras.

Se acercó al recién venido, le ayudó a desmontar del todo y sujetó al caballo por la brida, para llevarlo hasta la casa.

Desde su lugar de observación, en el porche lateral, Joe esperó a que la luz de la fachada diese en el rostro del recién llegado. No le conocía.

Ambos entraron en el rancho, y durante media hora no se escuchó en él ningún sonido. Joe aguardó pacientemente, oculto entre los arbustos, dispuesto a intervenir a la menor señal de peligro. Pero la calma —una calma extraña e inquietante— imperaba a su alrededor. ¿Qué debían hablar aquellos dos tipos con

Lorena Milton? ¿Qué hacían?

Transcurrida la media hora, Joe se impacientó definitivamente. Con el revólver preparado, volvió a entrar en el rancho, dispuesto a solucionar a balazos aquello.

Pero dentro le aguardaba una sorpresa mayúscula, una de las mayores sorpresas de su vida.

Allí no había nadie.

Lorena Milton y los dos hombres habían volado.

Lanzando una maldición y llamándose estúpido a si mismo, Joe fue a la parte opuesta del rancho. Allí, a la luz de la luna, pudo ver las huellas. Habían marchado a pie y sin hacer ruido, y además Lorena debía ir por su propia voluntad, ya que sus huellas se notaban un poco retrasadas, cosa ilógica en una persona a la que se amenaza, que siempre va delante.

Joe se llevó una mano a los ojos, sintiendo como una especie de vértigo.

Lorena Milton huía de él.

Pero ¿por qué? ¡Cielo santo! ¿Por qué?

* * *

El *saloon* denominado El Eterno Olvido estaba en pleno apogeo cuando Sam entró en él.

Venía bien vestido, e incluso esta noche había estrenado un magnífico chaleco de seda blanca. También había estrenado dos magníficos revólveres que llevaba bien visibles, uno a cada costado. Esto era una novedad en él, pues Sam casi siempre había usado un revólver de cañón corto oculto en su funda sobaquera, lo cual era mucho más distinguido y elegante.

Sam pasó por el *saloon* sin fijarse en la concurrencia y sin prestar atención ni siquiera a las bailarinas, dos de las cuales le hicieron guiños con los ojos mientras se movían seductoramente con un gran revuelo de faldas.

Muy preocupado tenía que estar Sam para no fijarse en las bailarinas de El Eterno Olvido, pues éstas eran su debilidad.

Pasó por un pequeño patio sumido en penumbra que había en la parte posterior y entró a continuación en una habitación bien iluminada, cuya atmósfera estaba cargada por el humo de varios cigarros. Cuatro hombres se sentaban en torno a una mesa, bajo la

lámpara de petróleo, teniendo extendidos ante sí los naipes de una mano de póquer.

Aquellos cuatro hombres eran vulgares pistoleros, reclutados entre los fugitivos del Sur.

—Parece que nos hemos reunido aquí todos los condenados —dijo Sam con expresión taciturna, nada más entrar—. A excepción de Trevor, que ya está muerto, nos hemos reunido aquí todo el grupo.

—¿Por qué dices tantas estupideces? —preguntó Leg, uno de los pistoleros.

—Se nota que no habéis visto el cadáver de Trevor. Tenía en su cara tal expresión de miedo que no la olvidaré nunca.

—Trevor era un cobarde —decretó Leg—. Un miserable cobarde.

—Creo que lo mejor sería marchar y dejar la partida. Empiezo a dar la razón a Trevor. Esto se ha puesto muy feo —dijo Sam.

—El jefe nos pagará una buena suma a cada uno cuando esto termine —expuso Leg—, y tendremos una buena situación cuando finalice la guerra. Vale la pena enfrentarse con ese tipo que viene de Louisville.

—Pero ese hombre se llama Joe Challenger. Ya era antes un pistolero conocido.

—¡Bah!

Sam estuvo un rato mirando cómo jugaban los cuatro en torno a la mesa. Y debían haber transcurrido unos cinco minutos cuando la puerta se abrió y entró sinuosamente una de las bailarinas que antes le habían guiñado un ojo al pasar.

La muchacha iba «en traje de faena» y dio despreocupadamente una vuelta sobre sus altísimos tacones para atraer más la atención de todos con el giro de su falda.

Los cinco hombres la miraron.

—No me has hecho caso hoy, cariño —dijo mirando a Sam tentadoramente.

—Tengo otras preocupaciones.

—¿Más importantes que yo?

—Será mejor que te largues.

Ella obedeció, dirigiéndose a la puerta, pero antes de salir dijo:

—No vuelvo a actuar hasta dentro de media hora. Y estaré en mi camerino, cariño…, por si te acuerdas de mí.

Sam se encogió de hombros, tragando saliva. Aquella mujer le impresionaba, diablos. Para él era la más bonita de Memphis. Aguardó unos cinco minutos para que no pensaran mal de él y luego salió en dirección al camerino de la artista.

No había cruzado aún ni la mitad del oscuro patio cuando una voz metálica le ordenó:

—Quieto, amigo. No tan aprisa.

Sam intentó echar mano a sus armas, pero distinguió a unos pasos de él el brillo delator de un «Colt» y detuvo su movimiento, estremeciéndose.

—¿Es… Challenger?

—¡Qué inteligente eres! Y tu rostro me resulta conocido, amigo. Te he visto hace poco llegar al rancho Dos Cabezas.

—No cometa la tontería de matarme. Puedo arreglar las cosas para que haga dinero en Memphis. Le daré cuantas informaciones desee. ¡Tenderé una trampa a todos los demás con tal de que me conserve la vida!

—¿Quiénes son los demás? ¿Y qué buscan?

—Nada ganará matándome, Challenger. Piénselo bien. Vivo, le puedo resultar útil. En cambio, si me mata…

—Si te mato resultarás útil a todos tus semejantes, amigo, porque dejarás de estorbarles. Pero antes de que me decida vas a contestarme a unas cuantas preguntas.

—Lo que quiera… Lo que quiera…

—¿Por qué habéis encerrado a Lorena Milton?

—No está encerrada.

—Pues entonces se ha vuelto loca. ¿Qué pretendéis con ella?

—Nadie la obliga a nada. Nos ayuda; eso es todo.

Joe se mordió el labio inferior. Las preguntas y respuestas se sucedían muy rápidamente y en voz baja, de modo que nadie podía oírles. Pero aun así, Joe no se descuidaba un solo segundo. Dijo:

—Trevor tampoco quiso hablar claro. ¿Qué clase de misterio es ése? ¿Por qué ha huido ella de mí?

—Le juro… que no sé más.

—¿Quién es el jefe?

—Tampoco lo sé.

Joe alzó el martillo y se oyó un «clic» muy suave en el silencio del patio.

—¡Le juro que no lo sé!

—¿Quién lo sabe?

—Tal vez uno de los que están ahí dentro. Leg o Berten.

—Hablaré con ellos más adelante.

—Si quiere puedo atraerlos hasta aquí con un engaño. Puedo…

—¡Calla o te mato aquí mismo!

Sam calló. Ahora era como una cosa deshinchada, fofa. Todos los restos de su valor habían desaparecido por completo.

—No eres muy listo —dijo Joe—. Vuestras huellas llegaban hasta un hotel a la entrada de la ciudad, donde supongo que ahora está Lorena, y las tuyas seguían hasta aquí por calles poco concurridas.

Los ojos de Sam habían ido siguiendo pulgada a pulgada cada movimiento de Joe. Y ahora se dio cuenta de que el joven estaba sumido en un mar de cavilaciones y había dejado de prestar atención a su revólver. ¡Aquél era su momento! Lanzó un grito que fue como el chillido de una rata asustada, y «sacó» sus dos revólveres a la vez.

Disparó, mientras se dejaba caer al suelo. Y estuvo a punto de ser más rápido que Joe por una fracción de segundo.

Pero cuando Sam hizo fuego, Joe había disparado ya.

Su proyectil atravesó por el centro la cabeza del asesino.

Las balas de éste se perdieron en el vacío, una por la izquierda y otra por la derecha del joven.

Y al instante pareció formarse un espantoso tumulto en todos los rincones del *saloon.*

Nadie hacía caso de los disparos en la sala de bebidas, pero sí en aquel lugar reservado para los ricos y poderosos de Memphis.

Joe sopló en el cañón de su revólver y lo guardó. Se dirigió a una de las puertas, la que daba a los camerinos, y estuvo a punto de tropezar con una muchacha vestida de bailarina y que entreabrió los labios al verle.

—Eres un maleducado —susurró ella—. Acabas de estropearme la cita que yo tenía con ese hombre.

—¡Qué lástima! Si quieres que te busque un sustituto.

—Puedes serlo tú, rey…

—Lo siento. Otro año. Adiós, paloma.

—Adiós, rey. Me debes una cita.

Joe salió a la calle Principal por una puerta lateral que ya había visto antes. La bailarina se quedó contemplando el cadáver con esa indiferencia de las mujeres del Oeste, que estaban acostumbradas a ver muertos cada día y llegaron a aprender que una leve fracción de segundo es todo lo que separa la vida de la muerte.

Los cuatro hombres que se hallaban en la habitación privada salieron precipitadamente y estuvieron a punto de volverse atrás, horrorizados, al ver el cadáver de Sam.

—Ha sido Joe Challenger —dijo la bailarina.

—¿Joe? ¿Cómo sabes su nombre?

—Oí que Sam le llamaba así.

Señaló una puerta del patio contrario a la que el joven había empleado para salir.

—¡Da la alarma! ¡Que los pistoleros del *saloon* se preparen! ¡Hay que acorralarle!

Salieron tres pistoleros más. —Leg, Berten y Larry—, quedándose uno solo en mitad del patio, examinando el cuerpo caído por si aún podía hacer algo por él.

Larry salió a la calle que estaba tras el *saloon,* y donde apenas había luz. Oía tan cerca el ruido de sus compinches buscando al fugitivo que no se dio cuenta de que se había quedado momentáneamente solo. Con el revólver preparado husmeó entre la pila de sacos que había en un porche. Los gritos y las voces parecían alejarse. Intranquilo, se volvió para regresar junto a sus compañeros. De pronto una voz helada le detuvo.

—Guarda ese revólver.

—Pero…

—He dicho que guardes ese revólver.

Larry lo guardó. Había reconocido a Joe Challenger. El miedo le paralizaba la garganta.

—¿De dónde sales? —Logró balbucir.

—De lo más profundo del infierno, si eso te gusta.

Larry retrocedió un paso. ¡Si lograra colocarse detrás de aquella pila de sacos que había en el porche…!

—¿Quién es vuestro jefe? —preguntó Joe.

—No lo sé.

Era la misma respuesta de los otros. Debía ser verdad lo que decía. Era imposible que se hubiesen puesto de acuerdo hasta tal

extremo.

—¿Os ayuda Lorena?

—Sí…, pero ignoro cuál es su trabajo.

Un pensamiento estremecedor pasó entonces por el cerebro del joven.

«¿Contrabando de drogas tal vez?».

Ése fue su pensamiento. Pero lo cortó la voz del otro.

—Ella es muy bonita —se atrevió a decir Larry—. A lo mejor resulta que…

Se oyeron rechinar los dientes de Joe. Aquélla iba a ser su noche macabra, su maldita noche de sangre…

—¡«Saca»!

Larry echó mano de sus revólveres con un instantáneo movimiento, pero no fue tan rápido como Joe, a pesar de que éste le concedió ventaja.

Dos balas se alojaron en el centro del corazón de Larry y una en el centro de su cabeza.

Inmediatamente se oyeron gritos. Joe se había delatado. Corrió, confundido entre las sombras, y comprendió entonces que le sería muy difícil, casi imposible, llegar hasta su caballo.

Un tipejo pequeño, de extraña figura, apareció en su campo visual. El individuo pequeño y encorvado fue el primero en moverse. Extrajo un revólver chato de su funda sobaquera mientras Joe levantaba el «Colt».

Una sonrisa seca y siniestra se había formado en los labios de Joe Challenger.

Sabía que iba a morir, pero no importaba. Varios hombres le precederían aullando en el camino de la tumba.

Otras dos figuras habían aparecido en la esquina.

Los tres revólveres enemigos se situaron a la vez en línea de tiro, pero Joe fue más veloz apretando el gatillo.

Dos balas partieron instantáneamente del cañón de su «Colt». El tipejo que había «sacado» primero recibió el proyectil en el cuello, partiéndose en dos su yugular, y Leg en el centro del corazón.

Pero Leg, diabólico pistolero hasta el fin, logró aún apretar el gatillo en el momento que moría.

La bala rozó la cabeza de Joe. La rozó tan sólo, pero la sensación de vértigo fue tan intensa, que el joven cayó a tierra.

No podía moverse ya. El revólver resbaló de entre sus dedos.

Berten, el tercer pistolero, lentamente, como recreándose en el gesto, levantó el revólver. Su enemigo estaba tan indefenso como un niño atado de pies y manos. Berten se acercó a él y le apuntó al centro de la cabeza. Acarició el gatillo.

—Todo termina alguna vez, Challenger —sonrió.

Ya sólo le faltaba mover un poco el dedo índice. Su sonrisa se acentuó. Iba a disparar, cuando…

—No te muevas o te abraso.

Berten cerró la boca con tal fuerza que se oyó en todo el callejón el chasquido de sus mandíbulas.

Se volvió. Lorena Milton le apuntaba con el «Colt» que poco antes había pertenecido a Larry.

—Pero…, ¡pero si tú no puedes…! Si tú…

—¡Suelta ese revólver!

Berten intentó disparar contra la joven, pero ésta apretó el gatillo una vez y le rozó un brazo. El pistolero lanzó un aullido y dio un salto, perdiéndose entre las sombras.

Joe Challenger no podía dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos. Se hallaba tan asombrado que hasta le costó trabajo recuperar su revólver.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Es que… estás a mi favor?

Ella no contestó. No pudo contestar.

Porque en aquel momento cayó sin sentido al suelo.

CAPÍTULO VIII

Joe Challenger volvió la cabeza instantáneamente y comprendió cuál era la razón de que Lorena Milton hubiese perdido el sentido.

Porque, entre las sombras, tras él, estaba la figura inmóvil de un hombre. Tenía las facciones rígidas, los ojos entrecerrados y una expresión de sufrimiento en su rostro.

Challenger lo reconoció. ¿Cómo no iba a reconocerlo? ¡Era Joe Milton!

Por un instante se olvidó de Lorena y se olvidó de todo lo que no fuese aquella inesperada aparición. Corrió hacia Joe Milton y lo sostuvo en sus brazos. Se dio cuenta en seguida de que Milton estaba delgado, pálido y sin fuerzas. Hubiese caído a tierra si no llega a sostenerle.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Qué haces aquí, Milton?

—Ya te explicaré. Preocupémonos ahora… de Lorena.

Challenger comprendió que su amigo tenía razón. Ya habría tiempo para explicaciones, si vivían los dos. Por eso volvió sobre sus pasos, recogió en sus brazos a la mujer y salió con ella del callejón, caminando en dirección al hotel donde antes la habían alojado.

Llegaron allí en unos instantes sin que nadie les hiciera preguntas, ni siquiera una patrulla militar con la que se tropezaron. Cuando Lorena fue depositada en el lecho de su habitación aún no había recobrado el conocimiento.

A la luz más cercana del quinqué, Challenger se dio cuenta de lo terriblemente pálido que estaba su amigo Joe Milton.

—Vayamos a la planta baja. Necesitas beber algo.

—Déjame estar aquí, junto a Lorena.

—Más vale que ahora descanse. Está bajo los efectos de las terribles impresiones recibidas últimamente, y se halla sumida en

una especie de «*shock*». No corre ningún peligro, pero necesita estar tranquila cuanto más tiempo mejor. Le dejaremos una nota diciendo que estamos en la planta baja.

Joe Milton envolvió a su esposa en una mirada de amor y de pena, pero se dejó llevar.

Challenger, después de redactar una breve nota que dejó en la mano de Lorena, descendió con su amigo a la planta baja, donde estaba el bar.

Se hicieron servir una botella del mejor *whisky*, y sólo cuando Milton hubo bebido un par de vasos, se decidió Challenger a interrogarle.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—No ha sido difícil seguir tus pasos desde Louisville, Challenger. Has dejado a tu espalda un rastro de muertos que van marcando tu ruta. En todas partes podría decirse: «Este hombre llegó para matar».

—Desgraciadamente así es, pero no me ha quedado otro remedio.

—Yo creo que puedo decirte por qué.

—Vayamos por orden, Milton, ya que todo esto es muy confuso. Dime en primer lugar por qué te han dejado salir del penal.

—Obtuve un perdón especial, ya que no tengo salvación. Simplemente han permitido que no muera en la cárcel.

Challenger se dio cuenta nuevamente del aspecto lamentable que ofrecía su amigo. Estaba muy delgado, su color era cadavérico, y por si esto fuera poco, respiraba con dificultad, signo indudable de que su dolencia del corazón se había agravado en los últimos tiempos.

—Mejor no hablar ahora de eso, Milton —dijo—. Bebe otro vaso.

Milton obedeció. El *whisky* era fuerte; bebido en grandes cantidades, le prestaba una momentánea euforia.

—¿Sabes lo que hay detrás de todo esto? —preguntó Joe Challenger.

—Sí.

—¿Qué es?

—Espionaje a favor del Sur.

Challenger echó el cuerpo hacia adelante como si no hubiese

oído bien.

—¿Cómo has averiguado eso?

—Se sabe más de los muertos que de los vivos, y en Louisville había mucha gente con la lengua suelta después de dejar tú a tus espaldas una estela de cadáveres. Escuchando discretamente supe que alguien había organizado, tiempo atrás, un grupo de mujeres bonitas para sonsacar secretos a los altos oficiales del Norte, en favor del Sur. No sé qué es lo que tendrían que dar a cambio de esos secretos, pero quiero confiar en la honradez de Lorena. Ella entró a formar parte de ese grupo sólo por salvarme.

—No lo entiendo.

—Es sencillo, sin embargo: el jefe de ese grupo tiene influencia en muchos lugares, y le prometió obtener el perdón para mí. Ése fue el precio puesto por Lorena: mi libertad. Quería saberme fuera del penal aunque nunca más volviese a verme, porque la condición impuesta por el jefe había sido tajante: toda indiscreción sería pagada con la vida. Esas mujeres eran sus prisioneras para siempre, o al menos mientras la guerra durase.

—Acabas de hablar de un jefe —dijo Challenger con voz ansiosa —. ¿Lo conoce Lorena?

—Es posible. Por eso la encerraron y por eso la vigilan al saber que tú ibas tras sus huellas. También debían conocer al jefe las mujeres que han muerto. No están dispuestos a tolerar nada, ni el menor desliz. Al que pueda significar un peligro, lo eliminan. Y no creas que carecen de medios para ello. Memphis, al igual que Louisville, está llena de hombres del Sur que fingen ser vaqueros, jugadores o viajantes. Lo está también de pistoleros a sueldo. El jefe, sea quien sea, debe tener dinero y procura que los asesinatos parezcan ajustes de cuentas entre pistoleros para que los militares no intervengan.

—Pero lo tenemos en nuestras manos —susurró Challenger—. Ahora Lorena está segura. ¡Y cuando despierte hablará! ¡Dirá el nombre de ese maldito personaje!

—Tal vez.

Joe Milton se llevó pensativamente el vaso de *whisky* a los labios.

Y fue en ese momento cuando la locura empezó otra vez.

La bala astilló el cristal de la ventana más próxima y le rozó la

cabeza. El que había disparado, desde el exterior, lo hizo sobre seguro, pero sin tener en cuenta que el cristal que tenía delante era un poco grueso. Eso desvió las balas una centésima de pulgada y permitió salvarse a Milton.

—¡Al suelo!

Mientras hablaba, Challenger volcó la mesa sobre Milton y le protegió así de nuevos disparos. El se arrojó sobre las tablas del pavimento mientras sacaba su revólver. Dos balas más aullaron junto a su cabeza.

Una auténtica banda se había concentrado ante aquella ventana del hotel para acribillarles. Nuevas balas redujeron el cristal a puro polvo, mientras Challenger se arrojaba en plancha contra una de las paredes. Sólo la rapidez podía salvarle en estos momentos, y fue en efecto lo que le salvó. Se pegó a una pared contigua a la ventana, mientras a su alrededor silbaba la muerte.

Un gran tumulto se había desatado en el bar. Hombres y mujeres habían caído bajo las mesas, mientras las balas aullaban trágicamente. Challenger hizo una seña a Milton para que no se moviese, y miró hacia la puerta. Sabía que también iban a intentar cazarle por allí.

Presintió casi al enemigo antes de que éste apareciera. Cuando uno de los atacantes saltó hacia el umbral, con los revólveres vomitando plomo, Challenger ya tenía su revólver enfilando la puerta. Disparó una sola vez, y la bala atravesó el cráneo de su enemigo.

Otro había asomado la cabeza por la destrozada ventana. Challenger se arrojó al suelo con una energía que sólo podía darle la desesperación. Vio a su agresor tan cerca que casi recibió su aliento. Y desde el suelo disparó, viendo el orificio rojo que la bala formaba en el cuello del pistolero.

—¡No tiene escapatoria! ¡Entremos todos a la vez!

La voz había sonado en el exterior.

Dos hombres saltaron por las ventanas. Apenas habían puesto un pie en el interior de la habitación, cayeron fulminados por el plomo que Challenger repartía con su revólver.

—¡Cuidado, Challenger!

Era Milton quien había gritado.

Uno de los atacantes hizo fuego contra Challenger. Éste sintió

que algo caliente le rozaba el brazo y disparó a su vez. El pistolero cayó con el estómago perforado. Los otros corrieron a refugiarse. Ninguno de ellos había esperado aquella terrible y diabólica reacción.

Challenger, asomándose a una de las ventanas, disparó fríamente contra los que corrían. Tres balas casi instantáneas acabaron con tres hombres.

—Creo que han fallado por esta vez —dijo Challenger recargando su revólver—. Lo siento por los que no se van a levantar. Vamos ahora a ver a Lorena. Se habrá asustado al oír las detonaciones.

Subieron a la habitación, y al abrirla, los dos hombres lanzaron a la vez un alarido.

Porque toda la habitación estaba patas arriba, completamente desordenada.

Había una ventana abierta que daba sobre la calle, a la altura de un primer piso.

¡Y Lorena Milton ya no estaba allí!

CAPÍTULO IX

Challenger no perdió el tiempo.

—¡Se la han llevado aprovechando los ruidos de los disparos, pero aún tiene que estar cerca! —aulló—. ¡No hay un segundo que perder!

Saltaron los dos por la ventana, cayendo sobre el polvo blando de la calle.

Pero ya les esperaban. Aquello era poco menos que una trampa.

Vio a un hombre alto, vestido de vaquero, que llevaba casi a rastras a Lorena. Junto a él había otros dos.

Colocando la derecha a la altura de su revólver, Challenger gritó:

—¡Suelta a esa mujer!

El tipo la soltó. Era lo que esperaba.

—Eres demasiado insignificante para defender a una dama —dijo.

—Lo sé, y por eso no se perderá gran cosa si tienes suerte y eres tú quien me atraviesa de un balazo. ¡Defiéndete!

Mientras hablaba, dio dos pasos hacia la izquierda a fin de situarse más en el centro de la calle.

—Estamos a una distancia conveniente —gritó—. ¡«Saca»!

Challenger no advirtió que aquello era una trampa y que varios enemigos le acechaban desde los cercanos porches. Para él sólo existían Lorena y aquel tipo. Tuvo que ser Milton quien gritó:

—¡Al suelo, muchacho! ¡Al suelo!

Se arrojó a tierra mientras dos balas aullaban por encima de su cabeza. Desde los porches partió una maldición.

—¡Acribilladle!

La orden había sido dirigida a uno de los pistoleros, el más

próximo a él. Éste bajó su «Colt» un poco para hacer blanco seguro. Pero no llegó a apretar el gatillo. Una bala disparada desde la izquierda le atravesó la cabeza.

El que sostenía a Lorena la soltó de pronto, empujándola al suelo, y corrió a cobijarse. Era un blanco demasiado seguro.

De todos modos, y aun fracasada la sorpresa, la situación de ambos amigos era en extremo crítica, rozando lo desesperado. Se hallaban en el suelo, rodeados de enemigos y sin tiempo material para llegar a los porches de los lados de la calle, donde hubieran estado más o menos seguros. Milton se dio cuenta de eso, y por ello pensó que lo mejor sería ponerse a rezar.

Pero Challenger pensaba otra cosa.

La calle principal de Memphis no era completamente llana, sino que tenía una pendiente bastante pronunciada en aquel sector. Y Challenger vio que cerca de él había una carreta afianzada con dos piedras.

Fue todo cuestión de segundos. Mientras disparaba contra los porches, tratando de concentrar sobre él a toda costa la atención de sus enemigos, saltaba hacia el carro y daba dos puntapiés a las piedras. Debido a la rapidez de su actuación, él mismo tuvo que tenderse, colocándose entre las dos ruedas para no ser arrollado. Y el carromato, rugiendo y dando saltos, se precipitó calle abajo.

En aquel momento dos balas se habían estrellado en el polvo, junto a Milton, y otra le había rozado una cadera. Estaba tan seguro de ir a morir que cuando vio el carro avanzando a velocidad vertiginosa hacia él casi no pudo creerlo.

Milton no necesitó que nadie le dijese lo que tenía que hacer. En el momento de pasar el carro sobre él, quedando su cuerpo entre las ruedas, se sujetó a las ballestas. Se oyó un rugido.

—¡Acribilladle!

Pero era ya demasiado tarde para cazar a Milton, que volaba calle abajo sujeto al carro.

Sin embargo, la desaparición de Milton, dejó a Challenger en el lugar de la escena, rodeado por nueve pistoleros dispuestos a matar. La cosa era como para llamar a gritos a un confesor.

Completamente anonadada, Lorena era mudo testigo de la escena. Había presenciado en menos de un minuto cómo Milton estaba a punto de morir, cómo se salvaba, y ahora, cómo dieciocho

revólveres se volvían hacia su compañero.

—¡Disparad, cobardes! —aulló Challenger. Con eso sólo perseguía darse ánimos a sí mismo, pero además amedrentó un poco a los pistoleros, quienes no podían concebir cómo un solo hombre se atrevía a desafiarles de aquella manera. Más bien daba la impresión de que aquel tipo esperaba recibir ayuda de alguna parte.

Challenger se lanzó al suelo y, medio protegido por unas pacas de paja, hizo fuego. Uno de los pistoleros, alcanzado en el pecho, se dobló lentamente, tapándolo en parte a los ojos de sus compañeros. Éste fue el instante que aprovechó Challenger para dar dos vueltas sobre sí mismo y protegerse completamente tras las pacas.

Un verdadero huracán de plomo se abatió sobre ellas.

—¡No conseguiréis nada así! —gritó alguien—. ¡Es preciso acorralarle!

Los pistoleros se diseminaron a ambos lados de la calle. Y Challenger se dio cuenta de que podría abatir parcialmente a los que fueran por su izquierda, pero no a los que lo hiciesen por su derecha, quienes llegarían hasta su espalda muy fácilmente. Es más, dos de ellos ya se encontraban situados en el mismo porche y desde allí disparaban contra él, silueteándole con sus balas.

Como no podía conjurar el peligro que por aquel lado viniese, Challenger decidió ignorarlo. Y se dedicó a disparar contra los que trataban de rodearle por su flanco izquierdo, logrando alcanzar a uno de ellos. Haciendo un cálculo rápido, se dijo que eran sólo siete los hombres que quedaban frente a él.

Pero su resistencia no podía durar mucho. Uno de los pistoleros gateó a lo largo del porche y consiguió llegar hasta ocho pasos de Challenger. Lo vio vuelto de espaldas, descuidado y sin posibilidades de repeler la agresión. Sonrió siniestramente, mientras levantaba el revólver.

Pero no llegó a apretar el gatillo.

En aquel momento una bala le saltó la cabeza.

El disparo había partido de una de las ventanas de la casa contigua. El cristal de esa ventana se astilló completamente, y en el hueco apareció el rostro de Nora.

Llevaba en la mano derecha un «Colt» de calibre pesado.

—¡Voy junto a ti! —gritó—. ¡Deuda por deuda, Joe!

Dio un ágil salto y se situó junto a Joe, disparando con su «Colt»

apenas tomó contacto con las tablas. Otro de los pistoleros se dobló, alcanzado en una pierna. Nora dio entonces media vuelta y vació todo su cilindro contra un pistolero que venía corriendo por el porche, con el revólver por delante.

—Esto parece el sitio de Atlanta —dijo por todo comentario.

—Pero, Nora, ¿dónde aprendiste a disparar de esa manera?

—En la vida que he tenido que llevar se aprende todo.

Temblaba su voz. Joe le acarició los cabellos con la mano izquierda mientras con la derecha levantaba el revólver.

El porche en que estaban correspondía a dos grandes almacenes aislados del resto de las casas que formaban la calle. Joe pensó si, dado lo precario de su situación, convendría refugiarse.

—Empieza a retroceder, Nora —ordenó—. Yo te seguiré.

—¿Crees que no podremos resistir?

—Aquí es imposible. Acabarían con nosotros.

Ella, sobre sus rodillas, empezó a gatear hacia atrás.

Joe hizo otro disparo y notó que se le habían acabado las municiones del cilindro. De un salto se introdujo en el almacén y empezó a recargar el revólver.

Sólo cinco pistoleros quedaban del antes poderoso grupo de sitiadores.

Los cinco se dieron cuenta de que Joe estaba recargando su arma y aprovecharon la pausa para tomar posiciones.

Desde los nuevos lugares escogidos, acribillaban completamente la puerta tras la que se cobijaban Joe y Nora. Cuando el joven trató de asomarse un poco para disparar, una bala trazó un segmento rojo en su mejilla. Joe se dio cuenta de que ahora estaba completamente perdido.

—Siento que tengas que verte en esta situación, Nora —musitó—. Nunca debí traerte a una ciudad como ésta.

—Me doy por satisfecha si he podido ayudarte —dijo Nora—. Es extraño y un poco estúpido el modo como entablamos conocimiento, Challenger, pero lo cierto es que he llegado a sentir por ti algo que no había sentido nunca.

Joe notó como los labios de la muchacha se posaban cálidamente sobre su mejilla.

—Eres tú quien me ha ayudado —susurró ella—. Mucho más de lo que tú mismo supones. Me has hecho darme cuenta de que mi

vida aún puede ser digna y aún puede servir para algo.

Las balas, entretanto, restallaron contra la puerta, aullando como canes rabiosos. Joe sabía que sus enemigos se iban acercando cada vez más y que no podía evitarlo.

Pero el que los mandaba pensó que sólo eran cinco y que no convenía que le liquidasen a ningún otro de sus hombres. Por eso ideó un procedimiento mejor que el de estrechar el cerco e intentar al final un costoso asalto.

Sus ojillos se posaron en la figura de la asustada Lorena.

—Métele un revólver entre las costillas a esa hermosa ninfa —ordenó secamente a uno de sus pistoleros—. Le diremos a Challenger que estamos dispuestos a acabar con ella si no se rinde.

Lorena vio cómo el pistolero avanzaba hacia ella. Supo leer en sus ojos la brutalidad que latía en cada uno de sus deseos. Y tuvo miedo, más miedo del que jamás había sentido en su vida.

El pistolero la estrechó por la cintura. La orden de apresar a aquella mujer era la más agradable que le habían dado en su vida.

—Ven, nena. Me gustan las que se asustan en seguida.

Pero las mujeres dejaron de importarle ya apenas pronunciadas estas palabras. Porque la bala le atravesó el cuello cuando el brazo del hombre aún no había acabado de ceñirse sobre la cintura de Lorena.

La muchacha lanzó un grito de horror. Milton acababa de aparecer en lo alto del porche frontero, encima de los almacenes donde estaban situados sus amigos y Nora. Se había dado buena prisa en despegarse del carro y llegar hasta allí. Y su actuación, ciertamente, estaba resultando un prodigio de eficacia.

Un pistolero disparó mientras la frágil figura de Milton se aplastaba contra el techo. La bala sólo consiguió rozarle.

—¡Cuatro hombres! —Dijo Challenger en el interior.

Y dicho esto, salió, sin preocuparle el peligro. Cazó a uno de los pistoleros cuando avanzaba gateando por el centro de la calle. Y lo dejó quieto, de bruces sobre el polvo como si reflexionase sobre la insignificancia de la vida.

Otro pistolero se había acercado demasiado a la puerta. Vio a Challenger, y Challenger lo vio a él. Dispararon los dos a la vez, y mientras Joe sentía cómo la bala le arrancaba algunos cabellos, el otro recibía un sordo golpe entre los ojos. La bala fue definitiva y

no le hizo sufrir.

Prácticamente la banda de los sitiadores estaba liquidada. Sólo eran ya dos que parecían haberse reservado para el final, y eso era demasiado poco.

Fue en ese momento cuando se oyó la voz de Challenger:

—¡Vamos a daros una oportunidad, cobardes! ¡La oportunidad de morir en lucha abierta!

Los dos pistoleros estaban cerca. Brillaron sus ojos.

—¿Qué quieres decir, Challenger?

—¡Vamos a acabar de una vez! ¡Os desafío a los dos en duelo!

—Un momento —advirtió Milton desde arriba—. Yo también entro en el juego.

—No te metas en esto, Milton.

Y a continuación gritó a los dos pistoleros:

—¡Podéis situaros en el centro de la calle!

—¡Acércate tú primero!

Challenger fue a saltar del porche, y sintió cómo una bala le acariciaba otra vez la herida sufrida. Ni siquiera sintió dolor, tanta fue su indignación por la cobardía de que habían dado muestras sus dos enemigos. No por esperar aquello resultaba más disculpable. Y se juró que acabaría con los dos.

Localizó a ambos traidores, arrodillados muy cerca del porche. Pudo haberlos matado, pero disparó a sus rodillas. Y los hizo retroceder, de varios cómicos saltos, hacia el centro de la calle. Ninguno de los dos se atrevió a emplear el revólver al ver que Challenger les tenía encañonados.

—¡Vamos allá, ratas! —aulló Challenger—. ¡Enfundad vuestros revólveres!

Pálidos de ira, los dos hombres obedecieron. No tenían otro remedio. Y lo hicieron además por cobardía, porque sabían que los dos amigos no iban a disparar contra ellos mientras no tuviesen las armas en las manos.

—Voy a guardar mi revólver —notificó Challenger—. Y me colocaré también en el centro de la calle. La vida será del más rápido. Hoy, amigos, habrá en Memphis un instructivo espectáculo.

El fue el primero en enfundar el revólver.

Nora y Lorena contemplaron como hipnotizadas la escena.

Los tres hombres se habían situado ya en el centro de la calle. A

ambos lados de la misma, rostros ansiosos contemplaban la increíble escena.

—¡«Sacad»! —rugió Challenger.

Y cinco revólveres salieron a la luz. Brotaron, como cinco relámpagos seguidos, cinco fogonazos. Los disparos hicieron estremecer la calle y aullaron en el aire. Con los dientes apretados, rígidos los músculos de sus brazos y sus cuellos los tres hombres vomitaron muerte por los cañones de sus revólveres. Pero la muerte no llega siempre al fin de su viaje. Y Challenger, el más rápido, quedó ileso, mientras los dos pistoleros caían atravesados para siempre.

Challenger y Milton no tenían enemigos visibles por el momento. Ya podían considerarse a salvo, o al menos eso creían. Ninguno de los dos sabía que sus preocupaciones no habían terminado aún.

En ese momento, Nora, desde los porches, lanzó un grito:

—¡No retrocedas, Lorena! ¡No retrocedas!

En efecto, Lorena, sin que se comprendiera por qué, iba caminando de espaldas hacia una zona de sombra. Pronto se perdería de vista.

Challenger se dio cuenta en seguida de cuál era la situación.

«Alguien está apuntando a Milton —se dijo—. Por eso ella retrocede obedeciendo las órdenes que le dan. ¡Claro! Milton se ha puesto en pie como si no hubiera ningún peligro».

Gritó:

—¡Ocúltate, Milton! ¡Te están apuntando! ¡Salta!

Milton saltó a tiempo de que no le alcanzase una bala disparada desde las sombras.

Challenger vio el lugar de donde provenía el fogonazo, pero no se atrevió a disparar para no herir a Lorena.

Ésta desapareció, tragada por las sombras.

Challenger no se inquietó demasiado. Sabía que podía alcanzarla, porque únicamente les separaban unas cincuenta yardas. Pero en aquel momento llegó al escenario de la sangrienta pelea una patrulla militar de siete hombres mandados por un sargento.

—¿Qué ha pasado aquí? —gritó—. ¿Una carga de Caballería?

—Luego le daré explicaciones —dijo Challenger—. Permita que resuelva antes un pequeño asunto particular.

—¡Quieto! —gritó el sargento—. ¡Si usted ha matado a todos estos hombres tendrá que explicarme por qué!

—Yo le ruego… —Challenger sudaba de angustia, pensando que ahora Lorena estaría en poder de sus enemigos—. Luego le explicaré, pero permítame que antes resuelva este asunto…

—Tendrá que acompañarme a la Comandancia militar.

—Eso ha sido un ajuste de cuentas —dijo Challenger, tratando de que su voz fuera convincente—. Un simple ajuste de cuentas entre granujas. ¿Por qué no me concede cinco minutos? ¡Hay una mujer que está en peligro!

—¡Ya he tenido demasiada paciencia! —gritó el sargento echando mano a su revólver—. ¡Bastantes cosas estamos permitiendo aquí! ¡Acompáñenos, y si ellos atacaron primero no tiene nada que temer!

Challenger suspiró.

Con gusto hubiera vaciado su revólver sobre el sargento, sabiendo que iba a ser más rápido. Pero era ridículo pensar en eso, porque había otros hombres tras él y porque matar a un militar nordista en zona de guerra lo convertiría en un condenado a muerte. Intentó calmarse y preguntó en voz alta a Milton:

—Muchacho, ¿ves desde aquí a Lorena?

—¡No veo nada, Challenger! ¡Nada!

La débil voz de Joe Milton reflejaba desesperación.

—¡Baje usted también! —gritó el sargento—. ¡Vamos!

Los soldados les estaban apuntando. No había más remedio que obedecer.

Joe Milton descendió lentamente por una de las columnas del porche, sintiendo que su corazón fallaba a cada nuevo esfuerzo que realizaba.

Los dos amigos, sin ser desarmados, fueron conducidos a la Comandancia militar, mandada por un capitán, en el otro extremo de la ciudad de Memphis. Allí tuvieron que entregar los revólveres.

Nora quedó sola, con la desesperación clavada en el alma como una garra.

Milton y Joe Challenger, mientras caminaban por las ahora desiertas calles de Memphis, sentían una angustia que quizá no habían sentido jamás hasta entonces.

Porque ahora ambos sabían que Lorena Milton estaba realmente

perdida.

CAPÍTULO X

La noticia llegó al jefe —aquel misterioso jefe que Challenger aún no conocía— cinco minutos después. Del verdadero ejército sudista que había logrado introducir en Memphis, disfrazando de vaqueros a los más audaces soldados, sólo quedaban nueve hombres. La matanza había sido infernal.

Pero el jefe no tenía escrúpulos ni por él ni por sus hombres. Sabía que aquellos soldados vestidos de vaqueros eran la hez, la escoria del Ejército del Sur. Y no le importaba que muriesen con tal de que aquel diablo, Joe Challenger, muriera también.

Berten, que estaba levemente herido, fue el que vino con la noticia.

—Los han llevado a la Comandancia militar. Seguro que abrirán una investigación por esta matanza.

El jefe sonrió levemente.

—Pues entonces los tendrán al menos dos días allí. Los nordistas no se distinguen por su rapidez cuando investigan una cosa.

Miró a Lorena, que estaba derribada en un rincón de la habitación, con las manos atadas.

—Ya no podrán salvarte —dijo sonriendo todavía.

Lorena no contestó.

Tenía los ojos cerrados y parecía estar rezando.

Luego el jefe miró a Berten.

—Fue buena idea la de amenazarla desde la oscuridad diciendo que matarías a Milton si ella no te obedecía —susurró—. Pero ahora hay que hacer algo para no tener que pensar más en ella…

Una sonrisa siniestra se acentuó en sus labios.

—Queda para ti, Berten… —dijo con voz helada.

Las manos de gorila de Berten se crisparon en el aire y

produjeron un chasquido de espantoso placer.

* * *

En efecto, Milton y Challenger estuvieron dos días retenidos en la Comandancia militar nordista, hasta que se aclaró que el duelo había empezado por parte de los que ahora estaban muertos. Durante estos dos días, Milton y Challenger pensaron que jamás habían sufrido tanto.

¿Qué iba a ser de Lorena? ¿En qué manos estaría? ¿Quién la salvaría ahora?

Nora pasaba casi todo el día allí, transmitiéndoles las noticias que había logrado reunir. Pero esas noticias eran negativas.

—Nada, no existe ni rastro de ella… Parece como si se la hubiesen tragado las sombras.

—¿Adónde llevaba la calle por la que desapareció? —preguntó calmosamente Challenger.

—A un descampado.

—¿Y más allá, qué había?

—A una milla, el gran depósito de locomotoras militares. Un laberinto de máquinas, vagones y líneas férreas.

—¿Es posible que se ocultaran allí?

—No creo. Todo aquello es zona militar.

—Las zonas militares son lo que conoce mejor esta gente —dijo sombríamente Challenger.

—¿Por qué no les contamos la verdad? —gimió Milton, desesperado—. ¿Por qué no les decimos que vamos tras una banda de espías y saboteadores del Sur?

—Porque entonces no saldríamos nunca —gruñó Challenger—. En cuanto menciones la palabra «espionaje», harán venir a todo un Estado Mayor para interrogarnos. Se llenarán docenas de páginas con nuestros interrogatorios que durarían días enteros. Y mientras tanto, Lorena… No, no. Milton, es mejor callar, aunque estemos desesperados. Nos soltarán pronto si creen que lo nuestro fue un ajuste de cuentas entre granujas.

En efecto, los soltaron al día siguiente, veinticuatro horas después de ser detenidos.

Era por la noche.

Les fueron devueltas las armas.

Challenger recargó el cilindro y luego salió poco a poco al exterior. Vio inmediatamente que en el pueblo no había la menor animación. Todo el mundo se había retirado a sus hogares, al divisar que se preparaba una «fiesta». Y suspiró resignadamente, mientras echaba a andar.

Entretanto, Berten, que vigilaba la Comandancia, había llegado al refugio del jefe, donde éste había reunido a cinco de sus hombres. Con las facciones bañadas en sudor, les ordenó:

—¡Pronto! ¡Challenger está en libertad! ¡Tomad las armas!

El jefe remachó:

—¡Salid y parapetaros en el lugar indicado! ¡Esos hombres han de pasar forzosamente por allí y hemos de acribillarlos como a dos hienas rabiosas…!

Pocos minutos después…

Eran seis hombres los que aguardaban en la oscuridad, incluido Berten. Armados de rifles y decididos a emplearlos sin compasión, esperaban el momento en que Challenger y Milton hicieran la inevitable aparición ante sus ojos.

Habían elegido un escondite en uno de los sitios clave de la población, uno de esos sitios por los que hay que pasar se vaya adonde se vaya. Y aguardaban con impaciencia el momento en que Joe Challenger pasara confiadamente ante los puntos de mira de sus armas. Nada de lucha abierta, había decidido el jefe, porque el pistolero era demasiado peligroso para eso.

Transcurrió una hora. Y ni Challenger hizo acto de presencia en aquel lugar ni oyeron el menor ruido que indicara su paso. Los que acechaban comenzaron a mirarse unos a otros, perplejos.

—Ese tipo ha debido largarse —aventuró uno—. Se habrá apoderado de un caballo y ahora ya estará lejos de aquí.

—O puede haberse refugiado en la oficina del *sheriff,* esperando que nosotros vayamos a cazarle.

—Nada de eso es posible —cortó Berten—. Challenger es de los que siempre buscan pelea.

—Entonces, ¿dónde diablos se ha metido? ¿Qué es lo que se le ocurre hacer a un individuo que se halle en sus circunstancias?

—¡Callad de una vez y no os preocupéis por eso! ¡Aparecerá!

Y Challenger, en efecto, apareció. Pero fue de una forma bien distinta de como todos esperaban.

Algo brilló fugazmente en el tejado de la casa frontera. Berten fue el primero en darse cuenta y el primero en disparar hacia allí. Hizo crepitar su rifle tan nerviosamente y con tanta insistencia, que las detonaciones le ensordecieron. Cuando acabó las seis balas no estaba muy seguro aún de si lo que había visto brillar era el revólver de un hombre o un caprichoso rayo de luna. Se volvió hacia sus pistoleros, sorprendido de que éstos no hubieran disparado y murmuró:

—Pero ¿a qué esperáis, idiotas?

Los dos más cercanos a él no contestaron. Estaban tan quietos que parecían muñecos de cera. Los otros tres temblaban, mirándole con ojos donde se leía la más absoluta incredulidad.

—¡Pero, moveos, cerdos! ¡Hay que dar una batida!

Zarandeó al más próximo, y entonces notó que una cosa caliente y viscosa impregnaba su mano. Ahogó una maldición al darse cuenta de que acababa de tocar sangre, y de que aquellos dos hombres no podrían volver a moverse más porque estaban muertos, con los cuellos atravesados, casi en el mismo punto, por dos balas de revólver.

Challenger había disparado mientras él hacia crepitar su rifle. Y notó entonces que un sudor glacial bañaba sus facciones.

Nada brillaba ya en el tejado de la casa frontera. Un silencio espantoso reinaba sobre la calle.

—¡Challenger estaba allí y no puede haber ido lejos! ¡Vamos a atraparle, malditos!

Sus tres secuaces se movieron cautelosamente. Ahora se daban cuenta de que su jefe no había tenido una idea muy brillante al colocarlos allí, quietos como momias, pero obedecieron porque en ello les iba la vida. Igual que sombras se distanciaron a lo largo de la calle.

Dos de ellos fueron hacia la izquierda y el otro hacia la derecha. Ocultos tras los recodos, otearon la noche.

El que había avanzado hacia la derecha, solo, creyó oír un crujido de las tablas a su espalda. Se volvió rápidamente, disparando y aullando como un condenado. Challenger estaba tan cerca de él que casi le rozó. Y sólo hizo fuego cuando el otro ya le había visto e incluso dirigido el revólver contra él.

El pistolero cayó con el cuerpo atravesado. Challenger dio un

salto hacia atrás para esquivar la serie que le dedicaba Berten. Las balas del rifle motearon la pared igual que una salpicadura.

Los dos hombres que estaban juntos empezaron a disparar frenéticamente, lanzando un huracán de plomo sobre el lugar en que había estado Challenger. Éste, pegado al suelo, disparó una sola vez, y el más cercano de aquellos hombres cayó haciendo una grotesca pirueta. El otro soltó su rifle y huyó perdiéndose en las tinieblas, abandonando a su jefe para que éste se las compusiera solo con el pistolero que había eliminado en menos de cinco minutos a toda una nutrida banda. Challenger, que no se sentía muy fuerte, se puso poco a poco en pie. Vio como Berten abandonaba su escondrijo y se deslizaba igual que un gato en torno a los dos hombres que se disponían a luchar en el duelo decisivo.

—¡Detente, Berten!

Éste se volvió, disparando con su revólver, y las balas rozaron la cabeza de Challenger. El joven hizo fuego una sola vez, pero erró. Velozmente, mientras su enemigo corría, repuso las municiones del cilindro.

Se agazapó al darse cuenta de que el cabecilla había encontrado un buen parapeto, disparando desde allí; Challenger optó entonces por guardar silencio, sabiendo que esto haría perder los nervios a su antagonista. Y en efecto, transcurridos un par de minutos cuando Berten iba a largar otra tanda de proyectiles una bala le rozó la mejilla.

El pistolero se levantó, dispuesto a entrar en cualquiera de los edificios, pero la voz de Joe Challenger le detuvo nuevamente:

—¡Quieto, Berten!

El fugitivo se dio cuenta de que estaba encañonado. Si trataba de dar un paso más, Challenger lo atravesaría fácilmente de un solo disparo. Se volvió poco a poco, con el revólver a punto, mientras un sudor helado, que ya cubría sus facciones, empezaba a gotear por su barbilla.

Jugándoselo todo, Berten levantó levemente el revólver e hizo fuego. Veía a su enemigo como una forma inconcreta al fondo de la calle. Y todo brillaba ante sus ojos como en una procesión de fantasmas.

—¡Más serenidad, Berten! ¡Esto es un duelo abierto!

Vio cómo Challenger se despegaba de la sombra protectora del

porche. Lo vio moverse poco a poco como un espectro que hubiera de aniquilarle. Oyó que sus dientes castañeteaban, pero tuvo la sensación de que esos dientes pertenecían a un ser lejano.

—¡Dispara!

En aquel momento una voz aulló:

—¡Quietos!

Challenger lanzó una maldición. ¡Otra patrulla militar! ¡No se podía vivir ni matar en una ciudad como aquélla, una ciudad ocupada!

Se arrojó a tierra, para esquivar el balazo que le dedicó Berten, y se escabulló entre las sombras. Berten, que conocía mejor la población, hizo lo mismo. Corrió como un loco hacia el depósito de locomotoras.

Llegó allí jadeante, rendido, pero con la satisfacción brillándole en el rostro porque había logrado escapar de las garras diabólicas de Joe Challenger, el hombre que llegó para matar.

Penetró en un pequeño pabellón, bien lejos del lugar de la pelea. Pero cuando se disponía a abrir la puerta, una voz hizo a su izquierda:

—¡Chist!

Berten se volvió, encañonando velozmente.

—No temas, no llevo armas.

La figura débil y abatida de Joe Milton brotó de entre las sombras. Llevaba las manos en alto, y en su rostro había una expresión de sufrimiento.

—Estoy solo —musitó—. Sospechaba que se ocultaban aquí y esperaba verle aparecer. Soy un cobarde, ya lo sé, porque he dejado a mi amigo durante la pelea, pero me empujaba algo más fuerte que yo mismo. ¡Quiero ver a Lorena! ¡Quiero ver a mi pobre mujer!

Aquel hombre estaba asustado, decía la verdad. No era una trampa.

Un gozo satánico empezó a dibujarse en las facciones del pistolero.

—Pasa —dijo—. Sin bajar los brazos.

Había dos tipos dentro del barracón. Ambos se levantaron al ver a Berten y al prisionero.

—¿Y el otro? ¿Estaba muerto ya?

—No, pero lo estará muy pronto. Basta con que vigiléis bien.

¿Dónde está el jefe?

—En la oficina del lado oeste.

Berten señaló con el mentón al destrozado y maltrecho Joe Milton.

—Ése quiere ver a su mujer. ¡Y voy a complacerle!

Hizo un gesto e indicó con el revólver la puerta.

—Sígueme, amigo, sígueme…

CAPÍTULO XI

Joe Milton avanzó poco a poco por entre el laberinto de raíles, sintiéndose más perdido a cada paso que daba.

Pero le animaba una fuerza casi sobrenatural, esa fuerza que nos impulsa cuando sabemos que estamos realizando la última misión de nuestra vida.

Berten, el gigante que iba a su lado, le miraba de soslayo a veces, y entonces había como un levísimo rictus burlón en sus labios que parecían tallados en piedra. Pero Joe Milton no se fijaba en eso, no se fijaba en nada, excepto en el laberinto de raíles que iban pisando sus pies. No sabía adonde le llevaba. A veces tenía la sensación de que no era él el hombre que caminaba hacia lo desconocido, y de que todo aquello no ocurría en la realidad. Era como si estuviese viviendo una extraña pesadilla.

El depósito de locomotoras era enorme. Había allí docenas y docenas de ellas, preparadas para las necesidades de la guerra. De trecho en trecho, había débiles faroles de petróleo que apenas disipaban las tinieblas, pero la luna menguante prestaba un leve resplandor a los raíles y a las ruedas de las locomotoras. El silencio y la soledad que imperaban allí hacían que todo aquello pareciese el escenario de un cuento de horror.

Berten señaló por fin una de las locomotoras.

—Es allí.

—¿Allí…?

Para hacer aquella pregunta, Joe Milton había tenido que ahogar una especie de gemido. No entendía.

Creyó que Berten se estaba burlando de él.

—¿El cadáver de mi esposa… en una locomotora?

—Sí.

—No entiendo…

—Entenderá cuando lo vea. ¿No tenía tantas ganas de llegar hasta su cadáver? ¿Por qué se detiene ahora?

En efecto, Joe Milton se había detenido. Las rodillas le temblaban. Se sentía incapaz de dar un paso más.

Berten tuvo que empujarle.

—¡Adelante, imbécil!

La locomotora era como las otras, y estaba detenida en una vía aislada. Había una lucecita de petróleo colgando de un poste a pocas yardas de ella.

Milton se acercó, respirando entrecortadamente. La luz del farol alumbraba débilmente los mandos de la máquina. Los ojos de Milton vagaron por encima de los mecanismos con expresión asombrada, mientras su dueño pensaba cada vez con mayor intensidad que aquello era una broma macabra.

—Pero ¿dónde…? —balbució.

Berten abrió con un gesto despectivo la puerta metálica que daba acceso al gigantesco horno de la locomotora.

Milton ahogó un grito.

Cayó de rodillas y se puso a gemir, mientras sentía como si una bocanada de sangre acudiese a su garganta.

La luz proyectada por el farol era poca, pero permitía ver aquel cuerpo encogido dentro del horno, aquel cuerpo de mujer con el rictus de la muerte clavado angustiosamente en sus facciones. En su cuello aún se marcaba la huella de la fina soga con que había sido ahorcada. Debía llevar ya tres días muerta, porque su color era espantosamente morado. Verla daba angustia, compasión y horror.

Joe Milton, de rodillas, siguió sollozando, con las manos unidas como en una plegaria.

—Está aquí para ser quemada —explicó Berten con una calma que helaba la sangre—. Mañana un hombre que ha cobrado cien dólares debe encender la caldera de esta locomotora. Los cien dólares pasaron a sus manos para que no se enterase de lo que hay aquí dentro. Cuando haya arrojado unas cuantas paletadas de carbón nada quedará del cuerpo de tu linda esposa. Mírala ahora bien. ¡Mírala ahora que puedes!

Y lanzó una carcajada mientras Joe Milton seguía llorando, puesto de rodillas ante el cadáver.

Con la mayor calma extrajo de uno de sus bolsillos un cable de seda y se dispuso a pasarlo por el cuello de Milton.

—Está hermosa, ¿verdad? —preguntó bestialmente—. Claro que ha quedado algo estropeada porque tardó en morir. Se resistió bastante, ¿sabes? Pero no le sirvió de nada… ¡Como a ti tampoco te va a servir ahora!

Hizo un movimiento con ambas manos y pasó el lazo por delante del cuello de Joe Milton, cruzando ambos extremos en la nuca. Milton lanzó un gemido angustioso mientras trataba de llevarse inútilmente ambas manos a la garganta. Berten apretó y notó con un gozo demoníaco cómo el delgado cordón penetraba en el cuello de su víctima, a punto de segar la tráquea. Un tirón más y…

Berten, de rodillas, esperaba con deleite aquel último instante en que se transmitiría a sus manos el espasmo de agonía de la víctima.

Pero en este caso el último instante no llegó.

Berten sintió que unas manos de hierro se cerraban sobre sus muñecas, uniéndolas a la fuerza. La presión que él estaba dando al hilo de seda tuvo que ceder instantáneamente.

Joe Milton, con un brusco estertor, pudo librarse del lazo que aún rodeaba su cuello y cayó de bruces sobre las planchas de la locomotora, muy cerca del cadáver de su esposa.

Berten lanzó un rugido y volvió un poco la cabeza para tratar de ver a su inesperado adversario.

Vio tan sólo unas facciones que parecían talladas en piedra y unos ojos que le miraban con la frialdad de la muerte.

Era esa frialdad indiferente con que un matarife se dispone a abatir una res. Esa frialdad para la que no existen las palabras piedad y clemencia, como si matar fuera un acto rutinario.

Berten comprendió que en manos de su enemigo era algo así como un perro rabioso. Lo aniquilaría sin darle la menor posibilidad de sobrevivir.

Golpeó con sus botas los pies de su enemigo, que estaba tras él. Lamentó no llevar espuelas porque así le hubiera podido herir las piernas salvajemente, pero en seguida comprendió que hubiera sido igual. El tipo que estaba tras él parecía no sentir los golpes.

Joe Challenger soltó las manos a Berten y permitió que se volviera hacia él.

Berten, al volverse, intentó sujetarle por el cuello, pero Challenger le disparó un fantástico cruzado al mentón —ya había preparado el golpe cuando permitió al otro que se volviera— y lo envió de espaldas contra los mandos de la locomotora.

Se oyó un chasquido, y uno de los manómetros cayó. Berten tuvo la sensación de que le habían deshecho la espalda.

Pero aun así, se lanzó al ataque, tratando de embestir con la cabeza a su enemigo. Pensó que si lo arrojaba fuera de la cabina de la locomotora podría luego caer sobre él y aplastarlo con sus botas. Pero Challenger movió calmosamente la rodilla izquierda y dejó que la cabeza de su enemigo se aplastara contra ella.

Se oyó un chasquido, y Berten lanzó un rugido de dolor.

Pero esto no era más que un pequeño principio. Porque Challenger dejó caer inmediatamente su rodilla izquierda y elevó con terrible fuerza la derecha, clavándola en el mentón de Berten. Fue exactamente igual que dos cruzados simultáneos, uno con la izquierda y otro con la derecha, pero mucho más demoledores.

Berten cayó a tierra, con las facciones cubiertas de sangre y lloriqueando a causa de su tabique nasal roto. Durante unos segundos fue presa fácil para Challenger.

Éste hubiera dado a cualquier otro enemigo la oportunidad de recuperarse, pero a Berten no se la dio. Berten le inspiraba asco, y a cada nuevo golpe que le daba tenía la sensación de estar golpeando una gigantesca cucaracha.

Le propinó un punterazo con la bota precisamente en el tabique nasal, terminando de hacerlo astillas. El rugido de angustia de Berten fue casi inaudible de tan ronco, de tan espantosamente intenso.

Luego Challenger lo levantó y lo arrojó desde la cabina de la locomotora a las piedras de la vía. Otra vez Berten tuvo la sensación de que le partían la espalda, pero eso no fue nada comparado con lo que sintió cuando Joe Challenger se dejó caer a plomo sobre él desde lo alto de la locomotora.

Dos costillas de Berten se rompieron por su base. Alguna partícula de hueso se le debió clavar en los pulmones, y sintió en la boca un espeso sabor a sangre.

Challenger se puso en pie y le propinó una patada en el esternón, sabiendo que con esto dejaba a su enemigo convertido en

una piltrafa. Luego lo levantó y le golpeó tres veces la cabeza contra los raíles, hasta destrozarle la nuca.

Contempló el cadáver con una mueca de asco en sus labios y luego lo recogió para subirlo nuevamente a la locomotora, depositándolo en la caldera junto al cadáver de la esposa de Milton.

—Así el fogonero estará más divertido cuando encienda —gruñó.

Luego se inclinó sobre Joe Milton.

Éste tenía en el cuello la marca del hilo de seda, pero respiraba normalmente. Challenger pensó que no tardaría en recobrar el conocimiento.

De todos modos, treinta segundos más en poder de Berten hubieran sido fatales para él.

Challenger lo animó con unos golpecitos en la mejilla. Milton tardó aún más de un minuto en abrir los ojos, y cuando lo hizo, éstos lanzaron una mirada extraviada por el horror.

Tardó en darse cuenta de que el hombre que estaba junto a él era Joe Challenger, como si fuese incapaz de reconocer a nadie. Su boca se entreabrió entonces con una mueca de asombro.

—Tú…

—No te preocupes, nada te va a ocurrir. El tipo que iba a estrangularte ya no podrá volver a poner sus zarpas encima de nadie.

—¿Lo… has matado?

—Sí, y creo que se ha divertido muy poco antes de morir.

Joe Milton volvió la cabeza.

—Mi esposa… Ahí…

—Le daremos sepultura, muchacho. No te preocupes… Desgraciadamente, es ya lo único que se puede hacer por ella, pero tú mismo puedes ver que ha sido vengada.

Señaló con un movimiento de su mentón el retorcido cadáver de Berten.

—Después de esto denunciaremos a las autoridades el asesinato de tu mujer, Milton. No pretendo que se abra una investigación, pero sí que se le dé cristiana sepultura. ¿Sabes tú dónde está el jefe de todo esto? ¿Qué has oído antes?

Milton tragó saliva angustiosamente, antes de poder contestar:

—Ese hombre…, Berten…, tenía que ir luego a las oficinas del

almacén. Supongo que para decir que yo estaba muerto… El jefe, sea quien sea, tiene que encontrarse allí.

Y Milton se llevó ambas manos al corazón, encogiéndose con angustia.

—¿Qué te sucede?

—Siento como si…, como si esto fuese el fin.

—No te dejes vencer, muchacho. Tu corazón resistirá como ha resistido otras veces. Vamos, trata de ponerte en pie. Apóyate en mí.

Milton obedeció, y al ayudarle, Challenger le tomó disimuladamente el pulso, comprobando que era irregular y muy débil. Evidentemente su amigo estaba pasando una crisis que muy bien pudiera ser mortal.

Para que pudiera defenderse en caso de peligro, le puso su revólver en la mano derecha.

—Depara si alguien se acerca a ti, muchacho. Yo iré al almacén.

—Pero… no llevas armas…

—Para matar a aquel fulano no las he necesitado, Milton, ni creo que las necesite ahora.

Ayudó a su amigo a bajar de la locomotora. Se encontraban en un lugar tan distante de todo núcleo habitado que no era extraño no hubiesen sido oídos los gritos ni los rumores de la pelea. Las máquinas parecían silenciosos monstruos dormidos. Daba la sensación de que allí podía uno matar y morir sin que nadie se enterase, como en una isla desierta.

Milton parecía recuperarse, aunque muy lentamente. Challenger pudo soltarle cuando los dos se acercaban a un gigantesco almacén, en una de cuyas ventanas había luz.

—Espérame aquí —susurró Challenger—. Y procura no correr ningún peligro inútil. No dispares a menos que te descubran y vayan a cazarte.

—Pero insisto en que tú vas desarmado. Te cazarán, Challenger. Ellos no tienen piedad.

Challenger rió silenciosamente.

—Yo tampoco la he tenido, Milton. No creerás que te he encontrado casualmente, ¿verdad? Te he estado siguiendo todo el día. Y los dos individuos que te han enviado junto al cadáver de tu esposa, para que Berten te matara, están liquidados ya. Se sentían

muy seguros, muy tranquilos, cuando yo he aparecido en la casa. No han tenido tiempo ni de «sacar». A uno le he clavado el cuchillo en la nuca. No es difícil, ¿sabes? Y a ese jefe, sea quien sea, lo liquidaré de otro golpe en la nuca, pero propinado con el canto de la mano. No voy a necesitar las armas para nada.

La verdad era que Challenger no estaba tan seguro, pero necesitaba que su amigo tuviese el revólver para el caso de que alguien le atacara. Milton, sin armas, hubiese sido víctima fácil incluso para un niño.

—No te muevas de aquí —insistió.

Y se acercó cautelosamente al almacén, donde había auténticas montañas de piezas de maquinaria para ferrocarriles. Al fondo brillaba una lucecita, que era la correspondiente a las oficinas.

Challenger se acercó.

Había tres peldaños antes de llegar a la puerta, y éstos crujieron bajo sus pies.

Unas gotitas de sudor frío aparecieron en la frente de Joe Challenger.

Tenían que haberle oído. Quienquiera que se hallase en la oficina tenía que darse cuenta de que alguien había llegado hasta allí.

Quizá estaban apuntando a la puerta con un rifle. Quizá le volarían la cabeza en cuanto él empujase la hoja de madera.

Pero Challenger no se detuvo. Se dispuso a entrar.

Fue en este momento cuando oyó aquella voz.

—¿Ya está todo listo, Berten?

El jefe, el que estaba dentro de la oficina, creía que era Berten el que volvía después de asesinar a Joe Milton.

Pero no fue esto lo que hizo rechinar los dientes a Joe Challenger.

Fue aquella voz.

¡Porque era una voz de mujer!

* * *

Joe Challenger empujó repentinamente la puerta, dominado por un sentimiento brutal de sorpresa.

Pero las sorpresas, las violencias, no habían hecho más que empezar.

Challenger casi lanzó un grito al reconocer a la mujer que estaba en el interior, aguardando.

¡Era Leila! ¡Leila, que le apuntaba con un revólver!

La mujer disparó repentinamente al darse cuenta de que el que entraba no era Berten. Challenger tuvo el tiempo justo para lanzarse a un lado, y la bala se clavó en el marco de la puerta. Lanzando un grito, Leila quiso disparar otra vez. Pero para entonces el revólver ya no estaba en su mano derecha.

Challenger había lanzado sobre ella una de las sillas que se hallaban junto a la puerta. Leila recibió de lleno el impacto y soltó su arma, mientras vacilaba a punto de caer.

Lanzando un grito, intentó huir. Challenger fue a cortarle el paso, pero ella derribó la mesa y el joven tropezó, cayendo estrepitosamente a tierra.

—¡Quieta! —gritó—. ¡Voy a darte una oportunidad para vivir, Leila! ¡Comparecerás ante un tribunal!

Pero Leila no le escuchaba. Sólo ansiaba huir eliminando obstáculos, escapar como fuese. Pudo recuperar su «Colt» y disparó otra vez sobre Challenger, rozándole un hombro. Luego, ya bajo el dintel de la puerta, se detuvo y rectificó la puntería.

Challenger comprendió que estaba perdido.

Caído en el suelo sobre una mesa derribada, jamás llegaría a tiempo de saltar antes de que ella disparase.

Vio el negro ojo del revólver apuntando a su frente y sonrió para, al menos, no morir como un cobarde.

Pero Leila no llegó a disparar.

En ese momento sonaron dos detonaciones, y la mujer se estremeció brutalmente.

Joe Challenger vio dos rosas rojas aparecer en su escote, a la altura del corazón. Y por el rictus terrible de agonía que apareció en las facciones de Leila comprendió que ésta iba a morir.

Se lanzó hacia ella, movido por no sabía qué extraño impulso, pero ya era demasiado tarde para hacer nada por Leila. Ésta estaba muerta. Su corazón acababa de ser atravesado por las dos balas.

Los ojos de Challenger vieron entonces la figura vacilante de Joe Milton, quien avanzaba hacia la puerta con el revólver humeante.

—Milton, no debiste… —susurró.

Pero tuvo la sensación de que su amigo no le oía.

Algo especial deformaba las facciones de Joe Milton, algo que no era sino la marca fatal de la muerte. De un modo muy semejante de cómo había terminado Leila tuvo que terminar él. Joe Challenger, sin poder hacer nada, lo vio encogerse, llevarse ambas manos al corazón y caer de bruces sobre los peldaños, junto a la puerta.

Challenger se inclinó inmediatamente sobre él y lo volvió cara al cielo aplicando el oído a su corazón. Se dio cuenta entonces, al cabo de unos instantes, de que ese corazón no latía. Ya era demasiado tarde. Demasiado tarde para todo excepto para yacer eternamente junto al cadáver de su esposa.

—Haré que se os entierren juntos —prometió Challenger con voz ahogada—. Te juro que lo haré…

Sus facciones se habían oscurecido, sus ojos ya no brillaban. Porque en este momento Joe Challenger, el pistolero, se había dado cuenta, a la vista de los dos cadáveres, de que la vida es para vivir y para dejar vivir. No para matar.

Recogió su revólver, lo enfundó y se dirigió lentamente hacia la salida del depósito ferroviario, camino de la ciudad y de la oficina del *sheriff*.

Pero esto no era más que el principio del camino.

Joe Challenger sabía que una mujer —una mujer a la que un día no quiso besar para no mancharla— le estaba esperando.

Le estaba esperando para vivir.

FIN